

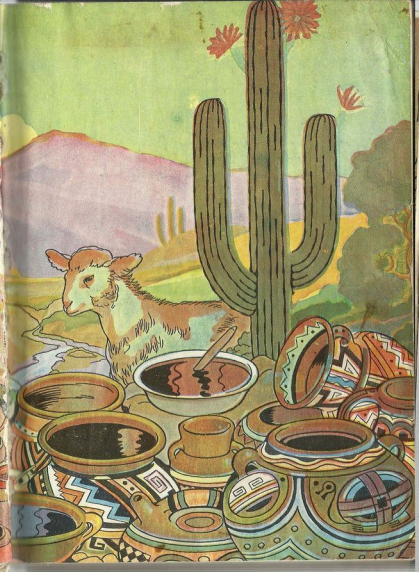
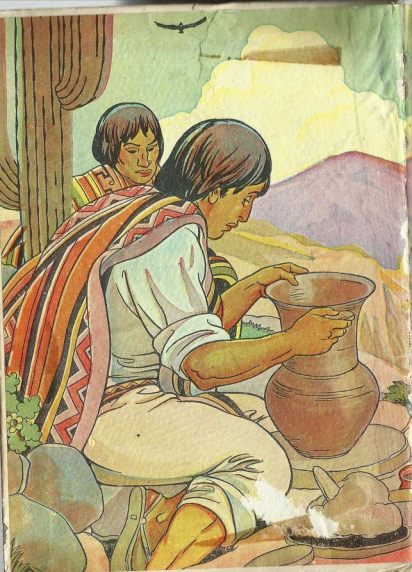
JOSÉ D. FORGIONE



ALFARERO

LIBRO DE LECTURA PARA CUARTO GRADO

EDITORIAL
KAPELUSZ



420 -
RRU/-

JOSE D. FORGIONE

ALFARERO

LIBRO DE LECTURA
PARA CUARTO GRADO



APROBADO POR EL CONSEJO NACIONAL DE EDUCACIÓN
(Exped. 5677/57) Y POR EL MINISTERIO DE EDUCACIÓN DE
LA PROVINCIA DE BUENOS AIRES (Resol. 2875/57)



EDITORIAL
KAPÉLUSZ
Moreno 372 • Buenos Aires

Todos los derechos reservados por (©. 1942)
EDITORIAL KAPELUSZ, S. A. — Buenos Aires.
Hecho el depósito que establece la ley 11.723.

Publicado en octubre de 1942.
Séptima edición, enero de 1959.

LIBRO DE EDICIÓN ARGENTINA

INDICE

	pág.
Prólogo	xi
¡Trabaja y canta!	i
Mi banco escolar	3
La nube y la rosa	5
La aguja de mi madre	6
El abuelo, las hormigas y el grano de trigo	8
El pájaro herido (Poesía). <i>Francisco Isernia</i>	10
La hiedra y la estatua. <i>Fábula</i>	11
Breve historia del libro, I	12
Breve historia del libro, II. <i>Gutenberg</i>	13
El violín de juguete	16
La frontera andina	19
Las manos más buenas	21
Bernardo de Palissy, el glorioso alfarero, I	23
Bernardo de Palissy, el glorioso alfarero, II	25
Descubridores y conquistadores	27
El Día de la Libertad	29
Cancioncilla	33
Una madre	34
Manuel Belgrano, el patricio, I	37
Manuel Belgrano, el patricio, II	39
Manuel Belgrano, el patricio, III	41
Mi bandera (Poesía). <i>J. M. Gutiérrez</i>	43
Las siete varas	45
Miedo (Canción de cuna). <i>Gabriela Mistral</i>	46

	<u>pág.</u>
El día de la Patria. <i>Joaquín V. González</i>	47
El terranova	49
El salón de misia Mariquita	52
Los blasones del escudo argentino	54
La amistad del agua	56
El arroyo (Poesía). <i>J. Martí y Folguera</i>	58
Nevada en el sur. <i>Pedro Inchauspe</i>	60
Las últimas palabras de Moreno	63
Las memorias de Saavedra	65
La catástrofe del "Titanic"	67
Ricardo Gutiérrez, médico y poeta	70
Exploradores de la atmósfera	72
El facurutú, el canario y la serpiente. <i>Fábula</i>	74
El Día de la Independencia	77
Fray Justo de Santa María de Oro	79
El tesoro del viejo labrador	81
En la chacra	84
Pastoral (Poesía). <i>Miguel A. Camino</i>	86
Origen de los ferrocarriles, I	88
Jorge Stéphenson, II	90
El zorzal (Poesía). <i>Juan Burghi</i>	92
Cómo se defiende el hornero de sus crueles enemigos	93
De Buenos Aires a Capilla del Monte, I	96
De Buenos Aires a Capilla del Monte, II	98
De Buenos Aires a Capilla del Monte, III	101
Susto. <i>Juan Ramón Jiménez</i>	104
Luis Pasteur, I	105
Luis Pasteur, II	107
La niña buena (Poesía). <i>Vicente Medina</i>	109
El sándalo y el hacha	111
Beneficios de las arboledas. <i>F. Ameghino</i>	112
San Martín, el libertador	114
El indio alfarero, I	117
El indio alfarero, II	120
La poesía gauchesca	122
Consejos de Martín Fierro a sus hijos (Poesía). <i>José Hernández</i>	125
Rivadavia, nuestro más grande hombre civil	128
El osito (Poesía). <i>Alfredo R. Bufano</i>	131

	<u>pág.</u>
Las voces de la selva	133
La abeja y el camuati. <i>Marcos Sastre</i>	135
El quebracho y el timbó. <i>Fábula</i>	139
La montaña	142
Palabras al viñador	144
El hijo adoptivo de Sarmiento	146
La última vez que Dominguito tuvo miedo. <i>Domingo F. Sarmiento</i>	149
¡Ten piedad, nube! (Poesía). <i>Julio J. Casal</i>	151
La carretilla. <i>Juan Ramón Jiménez</i>	152
De Buenos Aires a Resistencia, I	154
Resistencia, II	159
Una visita a los indios matacos, III	161
El pájaro sediento (Poesía). <i>Francisco Isernia</i>	163
El oro negro	164
El león y la fiebre	167
Urquiza y Alberdi	169
Anécdota de Sarmiento. <i>Juan B. Terán</i>	171
El parque nacional de Nahuel-Huapi	175
El sacrificio por la Patria, I	177
El sacrificio por la Patria, II	179
El sacrificio por la Patria, III	181
El nido de caranchos, I. <i>Guillermo E. Hudson</i>	183
El nido de caranchos, II. <i>Guillermo E. Hudson</i>	185
La lechera (Poesía). <i>Félix M. de Samaniego</i>	187
Pensamientos de Avellaneda	189
El hornero (Poesía). <i>Leopoldo Lugones</i>	190
La sabiduría	192
La estatua de oro. <i>Cuento</i>	194
San Martín, agricultor. <i>M. Doello-Jurado</i>	201
Himno Nacional Argentino. <i>Vicente López</i>	203
Palabras finales	206

Prólogo

Entre las innovaciones didácticas de nuestros días cabe consignar, como progreso ponderable, la adopción de la *lectura silenciosa*, con la que muchos educadores reemplazan en la actualidad la *lectura en voz alta*, a menudo afectada y no pocas veces estéril. El niño que lee en silencio, concentra mejor su mente en el texto y se siente libre de la influencia que en su espíritu ejercen la timidez, sus defectos de pronunciación, su ignorancia de las palabras poco familiares y los tropiezos en que incurre en la lectura a primera vista.

Será siempre una práctica de resultados fecundos, alternar la lectura oral con la silenciosa. La primera permite, como es sabido, corregir defectos de pronunciación, de puntuación y sobre todo, apreciar en cada alumno *su manera de leer*. La segunda, es decir la silenciosa, servirá al niño para penetrar en el sentido de la página impresa, deteniéndose en éste o en aquel párrafo a fin de comprenderlo mejor. Dice a este respecto la doctora Clotilde G. de Rezzano: "La lectura silenciosa favorece la adquisición de la técnica de la lectura corriente. Permite concentrar la atención sobre las dificultades de sentido y las que pueden resultar del desconocimiento de los signos. Todas las experiencias hechas con la lectura silenciosa permiten afirmar que acelera la formación de los hábitos que favorecen la velocidad. Es el tipo de lectura que se emplea constantemente con fines de estudio, información o entretenimiento". (*Didáctica general y especial*, tomo I, 6ª edición, pág. 311).

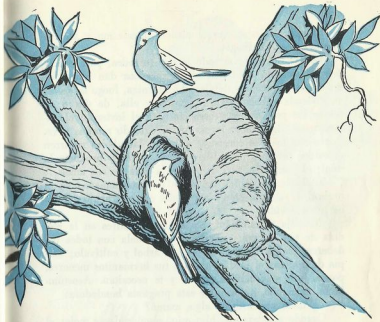
Hay, asimismo, buen número de maestros que destinan dos clases consecutivas a cada lectura. La primera, que se llama *interpretativa*, tiene por objeto analizar y comprender la página: el alumno estudia el vocabulario, explica determinadas frases, reúne material informativo, se adiestra en la pronunciación de voces no comunes, en la puntuación, y la compendia por último oralmente o por escrito. La segunda clase de lectura llamada *expresiva*, brinda al niño la oportunidad de poner en juego sus aptitudes para leer con arte y agradar a los oyentes.

En resumen, y aun a riesgo de extendernos más de lo prudencial, diremos que en la lectura corriente debe adoptarse la forma *oral* o en *voz alta* convenientemente alternada con la *silenciosa*.

Además, será siempre útil destinar dos clases a una misma página: la primera será de lectura *interpretativa* y la segunda *expresiva* o *artística*.

Existe una importante bibliografía sobre la didáctica de la lectura en la nueva escuela. Consignamos en seguida algunos autores y obras recomendables:

- CLOTILDE GUILLÉN DE REZZANO. *Didáctica general y especial*. Tomo I. Editorial Kapelusz, Buenos Aires.
- GLADYS LOWE ANDERSON. *La lectura silenciosa*. Edición de "La lectura". Espasa-Calpe, Madrid.
- LOURENÇO FILHO. *Tests A.B.C., de verificación de la madurez necesaria para el aprendizaje de la lectura y de la escritura*. Traducción de José D. Forgiione. Págs. 14 y siguientes. Editorial Kapelusz, Buenos Aires.
- G. LOMBARDO RADICE. *Lecciones de didáctica*. Págs. 207-214. Editorial Labor, Barcelona.
- ARTURO MARASSO. *La lectura en la escuela primaria*. Facultad de Humanidades y C. de la Educación. Cuaderno N° 9. La Plata.
- MICHEL A. CANO. *La enseñanza de la lectura*. Habana, 1931



¡Trabaja y canta!

¡Trabaja y canta! Imita al hornero, el pájaro simpático de nuestra tierra, que construye su casa cantando.

Si eres pobre, trabaja para que nada te falte cuando seas grande; si eres rico, trabaja para endurecer tus músculos y ganar la salud y la fuerza que te reclamará la vida. El trabajo ennoblece al hombre; el canto lo embellece.

Procura trabajar con el mismo entusiasmo y alegría que pones en tus juegos.

Te bastará observar todo lo que te rodea, para descubrir el ejemplo de laboriosidad que nos dan hasta los seres más pequeños y débiles. La hormiga, luego de cavar su vivienda subterránea, transporta a ella, de día o de noche, las provisiones necesarias para el invierno; el pájaro vuela, de manera incesante, recogiendo ramitas y vellones con los que construye su nido; las abejas recorren todos los jardines para libar en las flores y producir la miel; el perro vigila en la noche la casa de sus amos...

Te bastará también detenerte por las mañanas en el umbral de tu casa, para comprender que el trabajo gobierna nuestra vida.

¡Trabaja tú también! Ayuda a tus padres en la medida de tus fuerzas; cumple en la escuela con todos tus deberes; planta aunque sólo sea un árbol y cultívalo; limpia de malezas el jardín, cuida a tus hermanitos menores, porque son más débiles que tú y te necesitan. Acostúmbrate, asimismo, a formular esta pregunta bondadosa:

—¿Puedo ayudarte en algo, mamá?

Cuando seas grande, hijo mío, comprenderás mejor el sentido de estas dos palabras: ¡Trabaja y canta!



Mi banco escolar

Desde el primer día de clase ocupé uno de los asientos de mi banco escolar.


¿Cuántos niños se habrán sentado en este mismo sitio durante el transcurso de los años? Es difícil responder a esta pregunta; pero, de los que pasaron por él, uno ha dejado las iniciales de su nombre recortadas en las fibras de la madera. Son letras grandes y están marcadas a punta de navaja sobre el pupitre. Quiso, sin duda, adueñarse de este banco y le dejó una triste señal.

¿Cómo podía defenderse este madero de la afilada hoja que esgrimió un niño sin corazón? Si el banco hubiese podido hablar le habría dicho:

—¿Por qué me hieres así? ¿No estás conforme con las comodidades que te brindé? ¿No has oído a tu maestra lo que ha dicho de mí, para que me conserves limpio y me cuides como a una cosa tuya? ¿Por qué, entonces, me lastimas y cortas mis fibras con la punta del cortaplumas? Te he visto esconder el arma cada vez que alguien se ha acercado a ti; la has escondido y alguna vez te has sonrojado. Quiere decir que eres consciente de tu mala acción. Mírame bien; soy como un rostro lleno de cicatrices. Otro niño, sin alma, como tú, ha trazado la recta que me divide en dos partes. Me ha agujereado sin compasión.

Tus manos se apoyaron sobre mí para escribir o para descansar; sostuve tus libros y cuadernos, tus herramientas de trabajo manual; te acompañé en tus horas de dolor y en tus momentos de alegría. Y tan ingrato fuiste, que en un instante de irreflexión me has dejado así, marcado para siempre... ¿No estás arrepentido del mal que me has hecho? Piensa que otros niños vendrán a ocupar este lugar, y, si son buenos, te reprocharán este daño que me has inferido, porque no puedo defenderme.

Así habrías hablado, mi banco escolar, si hubieses tenido el don de la palabra. Pero yo te cuidaré, y a pesar de tu mal aspecto, tendrás la caricia de mis manos y la gratitud de mi corazón.



La nube y la rosa

La tierra estaba reseca y dura; desde largo tiempo atrás no caía una gota de agua. Y la pobre rosa, inclinada sobre su tallo, marchita y pálida, se moría de sed.

Una tarde vio pasar una nube. Era una nube blanca, enorme como una montaña.

La rosa levantó la voz cuanto pudo y le imploró

—Dame unas gotas de lluvia; estoy sedienta...

—Imposible, amiga mía; voy de viaje a otros países y no puedo detenerme.

—Unas gotas, nada más... —pidió la flor.

Y la nube orgullosa, siguió su marcha; pero a medida que se alejaba, sentíase triste. Una voz le decía, desde lo más hondo, que había procedido mal.

Volvió apresuradamente, se detuvo sobre la rosa y le dejó caer un poco de lluvia; pero ya era tarde. La dulce flor había caído sobre la tierra, deshecha en un sinnúmero de pétalos amarillos.

La nube prosiguió su viaje llorando y arrepentida de su crueldad con la pobre rosa.

Las almas mezquinas no son dichosas. La caridad embellece nuestra vida y nos hace felices.



La aguja de mi madre

De noche, a la hora en que las estrellas empiezan a brillar con más fulgor, los niños se acuestan.

El reloj de la casa canta su monótona canción: tic-tac, tic-tac...

La madre, sentada junto a la cama del más pequeño, cose a la luz de la lámpara. Entre sus dedos, un poco cansados por los quehaceres del día, la agujita va y viene sobre la tela desgastada.

—¿Por qué no te acuestas, madre? —le dice uno de los niños.

—Porque aún no he terminado, hijo mío.

La noche avanza y el silencio se hace más hondo.

¡Oh, madre! ¡Cuántas maravillas haces con tu aguja diminuta, resplandeciente y movediza!

¡Cómo te ingenias para disimular la pobreza, con un remiendo o un zurcido tan fino, tan fino, que apenas se ve!

Tu agujita, jugando entre tus dedos hábiles, prolonga la vida de las prendas humildes, adapta la ropa de los mayores al cuerpo de los más pequeños, o borda letras delicadas en el guardapolvo escolar y en los pañuelos.

El silencio y las fatigas del día llenan ahora tus ojos de sueño. La aguja va y viene con más lentitud.

De pronto, llevas una mano a los labios. En la punta de un dedo hay un rubí: es una gotita de sangre...

—¿Te hiciste daño, madre? —pregunta uno de los niños, que sigue despierto.

—No, hijo... Es una pinchadura... No tiene importancia.

¡Oh, madre! He visto en mi niñez muchas veces esta escena, y hoy, que tengo ya blanco el cabello, evoco tus manos de hada, manos santas que nunca se engalanaron con joyas ni conocieron más brillo que el de la aguja diminuta y leve.



El abuelo, las hormigas y el grano de trigo

El abuelo está apesadumbrado porque sus dos nietos riñen con frecuencia.

—¡Este compás es mío! —grita Julio a su hermano Ricardo—. ¡Te prohíbo que lo uses!

Y esto diciendo, se lo arrebata de las manos.
A Ricardo le brillan de ira los ojos y responde:

—¿Por qué ha de ser tuyo solamente si papá lo compró para los dos?

—¡No es verdad, yo fui el primero en pedirselo!

Los dos hermanos forcejean y vociferan, para quitárselo uno a otro.

El abuelo observa la escena y se muestra muy contrariado. Muchas veces les oyó discutir y les vio trabarse en pelea por causas fútiles.

Una mañana, el viejecito seguía con verdadera curio-

sidad los movimientos de unas cuantas hormigas empeñadas en transportar provisiones al hormiguero.

Algo muy interesante debía estar observando en el patio, a juzgar por su rostro sonriente y su mirada escrutadora. De pronto, llamó a sus nietos:

—¡Julio! ... ¡Ricardo! ... ¡Venid pronto, pronto! ... ¡Esto es digno de verse!

Atraídos por la curiosidad, los niños se acercaron al lugar en que estaba el abuelo y vieron que una hormiga hacía grandes esfuerzos para arrastrar sola un grano de trigo.

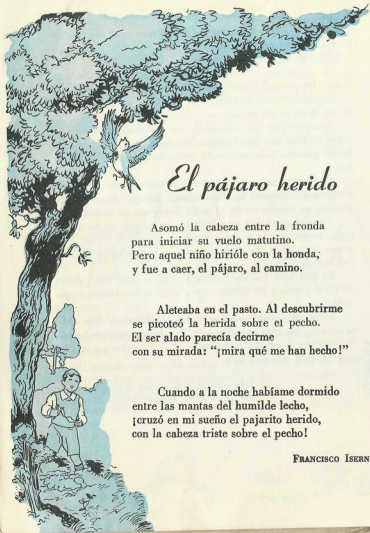
El insecto ensayaba distintas posiciones para levantarlo, pero sus fuerzas le flaqueaban. Aunque la carga era pesada, no cesaba en su afán de llevársela al hormiguero.

Pero he aquí que otra hormiga se detiene y, poco después, presta ayuda a su compañera. Las dos levantan el grano de trigo y, en marcha lenta, lo llevan hasta la boca del hormiguero.

El abuelo y los dos nietos sonrieron ante esa prueba de inteligencia y de ayuda mutua y no se atrevieron a molestarlas.

—Es asombroso —dijo entonces el viejecito— que estos seres tan pequeños enseñen a los hombres cosas tan bellas. Su instinto les hace comprender que dos fuerzas unidas pueden más que una sola.

¿Aprenderán esta lección ciertos hermanos que riñen entre ellos en vez de ayudarse?



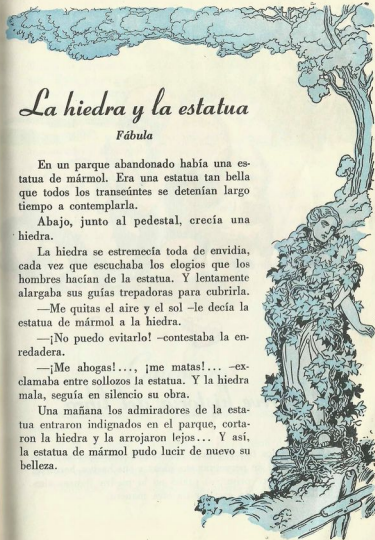
El pájaro herido

Asomé la cabeza entre la fronda para iniciar su vuelo matutino. Pero aquel niño hirióle con la honda, y fue a caer, el pájaro, al camino.

Aleteaba en el pasto. Al descubrirme se picoteó la herida sobre el pecho. El ser alado parecía decirme con su mirada: "¡mira qué me han hecho!"

Cuando a la noche habíame dormido entre las mantas del humilde lecho, ¡cruzó en mi sueño el pajarito herido, con la cabeza triste sobre el pecho!

FRANCISCO ISERNIA



La hiedra y la estatua

Fábula

En un parque abandonado había una estatua de mármol. Era una estatua tan bella que todos los transeúntes se detenían largo tiempo a contemplarla.

Abajo, junto al pedestal, crecía una hiedra.

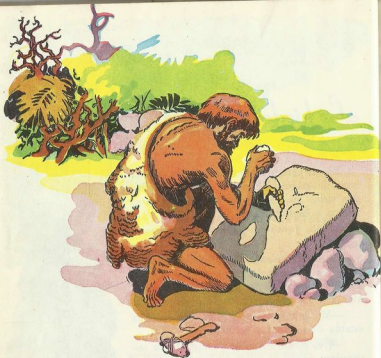
La hiedra se estremecía toda de envidia, cada vez que escuchaba los elogios que los hombres hacían de la estatua. Y lentamente alargaba sus guías trepadoras para cubrirla.

—Me quitas el aire y el sol —le decía la estatua de mármol a la hiedra.

—¡No puedo evitarlo! —contestaba la enredadera.

—¡Me ahogas!... ¡me matas!... —exclamaba entre sollozos la estatua. Y la hiedra mala, seguía en silencio su obra.

Una mañana los admiradores de la estatua entraron indignados en el parque, cortaron la hiedra y la arrojaron lejos... Y así, la estatua de mármol pudo lucir de nuevo su belleza.



Breve historia del libro

I

Desde los tiempos más remotos, el ser humano sintió la necesidad de perpetuar sus ideas y sus hechos heroicos.

El hombre primitivo grabó en la piedra figuras simbólicas. No sabía escribir de otra manera.

Pasaron largos siglos... Su empeño por lograr una forma de expresión más clara le hizo crear signos diversos. Esos primeros signos dieron origen a la escritura, y con ella, el hombre se comunicó a distancia con otros hombres y con otros pueblos.

Escribió sobre ladrillos grandes y frágiles, en rollos de pergamino y en papiros. Más tarde inventó los libros manuscritos; eran voluminosos y estaban protegidos por gruesas tapas de madera o de metal, con cierres secretos que sólo sabían manejar sus felices poseedores.

Aquellos primeros libros, copiados pacientemente con plumas de ave, se conservaban como reliquias y tesoros en las bibliotecas de los monarcas y de los nobles. Rarísima vez los leía la gente humilde.

En el siglo XV, Gutenberg inventó la imprenta, y el libro pudo llegar a manos de todos los estudiosos.

II

Gutenberg

Trasladémonos con el pensamiento al siglo decimoquinto.

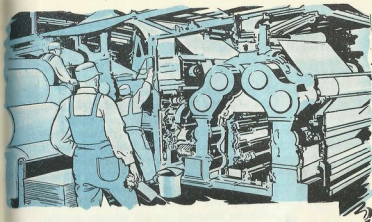
En un viejísimo y abandonado monasterio de Alemania vive Gutenberg, el conocido lapidario. Sus obras de arte se venden a buen precio en la feria de Aquisgrán.

Nadie entra en su celda, cuya puerta está siempre ce-

rrada con llave y cerrojos. Allí dentro, en la semioscuridad, el lapidario traza los planos y dibuja los croquis de la primera prensa. Esta máquina está destinada a imprimir libros en tal cantidad como nunca se había visto en esa época.

Una colección de letras móviles servirá para formar las palabras y los renglones. Una vez preparadas las páginas así, bastará poner sobre las letras una tinta especial y prensar sobre ellas las hojas de papel.

Luego de muchos años de ensayos, el sueño de Gutenberg se convirtió en realidad.



Un tornero le ayudó a construir la primera prensa, y cuando estuvo hecha, el genial inventor, de pie junto a su obra, dijo pálido de emoción:

—De esta *prensa* ha de salir en abundancia un licor que calmará la sed de saber de los hombres, y será un astro nuevo, que disipará las tinieblas de la ignorancia... ¡Sobre los hombres lucirá una claridad desconocida hasta hoy!...

Y así fué, en verdad. La imprenta abarató el libro, lo puso al alcance de las personas más pobres, disipó las sombras de la ignorancia e iluminó las almas.

El recluso genial del viejo monasterio alemán realizó ese milagro.



El violín de juguete

Pedro había pasado su niñez entre penurias incontables. El padre trabajaba de tarde en tarde, impedido por una larga enfermedad. Muy poco podía hacer el muchacho para ayudar a los hermanitos.



Estudiaba con fervor. En la escuela era el mejor alumno.

—Ya verás, papá; cuando yo sea grande, te ayudaré. Todo lo que gane con mi trabajo será para ti, para mamá y los hermanitos.

—No necesitas decírmelo —solía responderle su padre—. Sé bien que eres bueno y esto me hace feliz.

Un día de noviembre el cartero dejó una encomienda; estaba dirigida a Pedro. La abrieron ansiosamente y hallaron, en una caja de cartón, un pequeño violín. En una tarjeta leyó el niño estas palabras: “A mi sobrino Pedro, por sus excelentes calificaciones escolares”.

¡Era su primer juguete!

Estiró las cuerdas, pasó el arco sobre la pez y se empuñó en ejecutar algunos compases musicales.

En las mañanas, desde muy temprano, el niño se esforzaba por descubrir el secreto de los sonidos musicales; pero bien pronto se convenció de que no le era posible. Su arco no arrancaba más que notas ásperas, desafinadas...

Pasaron las vacaciones. Al iniciarse el nuevo curso escolar, tuvo necesidad de algunos libros.

¿Cómo comprarlos, si en la casa había apenas dinero para los gastos más indispensables?

Pensó, entonces, en cambiar su violín por libros. En el pueblo, un solo librero podía recibirlo: don Julián, el dueño de un negocio de librería y juguetería.

Fue a verlo y le ofreció su querido instrumento a cambio de unos textos...

Don Julián revisó el violín y aceptó la permuta.

El muchacho regresó al hogar con un paquete de obras diversas, y dominado por el anhelo de aprender, empezó su lectura. Su amor a los libros era grande; pero no podía

olvidar su violín de juguete. De noche, hasta soñaba que lo tenía entre sus manos...

A la salida de la escuela, se llegaba hasta la vidriera de la juguetería para mirarlo. Allí estaba, inmóvil y mudo, colgado de un hilo. El niño se consolaba con esta idea fija:

—¡Algún día tendré dinero y lo compraré!

Una tarde, no vio su querido juguete: lo habían vendido. Aquello le llenó de tristeza, y en marcha lenta, se encaminó al hogar.

Recién llegado, la madre salió a recibirlo. En sus manos tenía el violín:

—¡Tómalo, hijo mío; es el tuyo! —le dijo.

Años más tarde Pedro supo que la madre, trabajando sin descanso, había reunido algún dinero para poder recuperar el juguete musical.

¡Ah! ¿Qué no hacen las madres por la felicidad de sus hijos?



La frontera andina

La demarcación de la frontera argentina del lado oeste fue comenzada después del tratado que los gobiernos de nuestra patria y Chile firmaron en 1881. Dicho tratado establece que la línea fronteriza entre Argentina y Chile correrá de norte a sur, por las cumbres más elevadas de la cordillera de los Andes que dividan las aguas, y pasará por entre las vertientes que se desprenden a un lado y otro.

En la titánica empresa de colocar los hitos o mojones que hoy señalan el límite de los dos países hermanos, trabajaron ingenieros, militares y civiles. Este trabajo alcanzó en el norte los caracteres de una lucha heroica contra

la naturaleza. Los hombres tuvieron que escalar alturas de seis y siete mil metros para colocar las señales de hierro o de piedra en colosos andinos como el Aconcagua, el Maipo, el Azufre, el Volcán, el Tupungato y el Descabezado.

“¡Qué de energías gastadas en la lucha con esas montañas, donde el aire enrarecido inutilizaba las mulas o necesitábanse fuertes voluntades para llegar a la cumbre; allí había, a veces, que desalojar la nieve, abrir pozos de metros y metros para que el hito descansara sobre tierra firme! Y en ese silencio eterno de las alturas, roto tan sólo por el ruido de la piqueta, iba la vibración del aire a acariciar las nieves apenas suspendidas en lo alto, y he aquí que los hombres debían en un segundo tenderse en el suelo para que la avalancha despeñada pasara por sobre ellos sin arrastrarlos; y la avalancha iba rodando y llevando consigo las pobres mulas, que a medio declive de la montaña esperaban la vuelta de los patrones.

“De ladera en ladera, de precipicio en precipicio, con fragores de infierno, el alud iba a clavarse en la quebrada profunda...

“¡Cuántos de aquellos modestos arrieros volvieron a su hogar con una mano, un pie o un brazo menos, helados en una noche de frío intenso, en una tormenta de nieve!”¹

¹ CLEMENTE ONELLI: *Trepando los Andes*.

Las manos más buenas

Un poeta llegado de tierras distantes, recorría las calles del pueblo en las primeras horas de la mañana.

Su rostro era alegre y el andar resuelto. Un viejecito que lo había observado con curiosidad, le preguntó:

—¿Qué miras, viajero, que has puesto risueño tu rostro y vivos tus ojos?

—He venido mirando las manos de esta gente, amigo. Las manos cálidas de las madres que enjugan las lágrimas de sus pequeñuelos o suavizan el dolor con una caricia; las manos rugosas de las viejecitas que, sentadas a la puerta de la vivienda, tejen sin descanso para el hijo o para el nieto; las del herrero, ennegrecidas y lustrosas, que forjan herramientas de labranza; las del carpintero, que construyen una cuna o la puerta de un hogar o una silla para el desvalido; las del albañil, callosas y blancas de cal, apilando ladrillos uno sobre otro, para levantar una morada. He mirado, amigo mío, las manos del artista que pintan una tela; las del escultor, que convierten el mármol en una forma bella; las del escritor, que dan vida a las páginas en blanco, hilvanando sobre ellas palabras armoniosas; las del músico, que arrancan a las cuerdas melodías dulcísimas.



¡Y a esas manos que guían el arado o manejan el martillo o riegan el árbol! ¡Y a esas manos piadosas que se juntan en un rezo!... Las manos que he visto en este pueblo, amigo mío, son las más buenas, porque están al servicio del amor, de la prosperidad y de la paz.

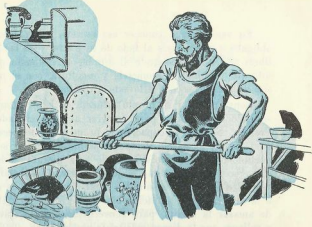
—¡Qué bien hablas, caminante!

—¡Oh! Nunca como esas manos que acabo de admirar. Su lenguaje es más bello y expresivo —repuso el poeta.

—¿Y piensas así de todas las manos que has visto en tus andanzas?

—¡Oh, no! Hay manos que nunca se movieron para el bien; son las que se cierran ante el mendigo que implora; las que se levantan para castigar a un ser indefenso; las que destrozan una rama florida o derriban un nido; las que son incapaces de cerrar una herida o acariciar la frente de los que sufren; las que roban y matan...

—¡Oh, basta, basta! —interrumpió el viejecito—. Háblame, te lo ruego, de las manos buenas, que están al servicio de la prosperidad, de la paz y del amor...



Bernardo de Palissy, el glorioso alfarero

En una aldea de Francia, el joven Bernardo de Palissy trabajaba con su padre en la fabricación de tejas; pero su espíritu no se conformaba con esas labores, y mientras la arcilla que sus manos habían amasado se endurecía en el fuego del horno, soñaba en transformar ese barro en objetos decorativos.

En aquellos tiempos, hace más de cuatro siglos, en muy pocos países conocíase el secreto para esmaltar la loza, arte en que los japoneses, chinos e italianos eran muy duchos.

En vano intentó conocer ese secreto. Su pobreza lo obligaba a permanecer al lado de su padre, y en las horas libres se había consagrado al estudio aprendiendo por sí solo dibujo, pintura, geometría y escultura, con el propósito de aplicarlos a la alfarería artística.

Convertido por su propio esfuerzo en hábil dibujante, se alejó de su aldea para recorrer algunas ciudades de Francia. Su nueva ocupación le proporcionó lo necesario para vivir y al mismo tiempo le permitió ampliar sus conocimientos en el arte del dibujo y la pintura. Empero, como no era esto lo que el joven Bernardo anhelaba, al poco tiempo regresó a su aldea natal, y se dedicó de nuevo a la alfarería. Su ambición era perfeccionarse en el arte de amasar la arcilla, para convertirla en vasos, jarrones y relieves que le dieron más tarde mucha fama.

Como sus ensayos debía hacerlos a fuego y en un horno que él mismo había construido, tuvo que quemar leña prestada, y cuando ésta le faltó, fue echando las maderas que sacaba de las sillas y de los pocos muebles que le quedaban.

Sus experimentos fracasaban siempre...

Los jarrones se quemaban y el esmalte no se adhería a la loza.

Sus sufrimientos fueron tan hondos que cayó enfermo en cama.

Bernardo de Palissy, el glorioso alfarero

II

Palissy padecía enormemente al sentirse solo y comprobar que no le comprendían. Sin embargo, no desfalleció. Una mañana, al levantarse del lecho, notó que las fuerzas le faltaban; estaba demacrado, pálido, abatido... A pesar de todo, intentó la última prueba: arrancó las maderas del piso y las echó al horno; sus ojos seguían ansiosamente la transformación del esmalte sobre la arcilla, por la acción del fuego. Abandonado



más que nunca por los suyos, soportaba las lluvias y el frío de la noche para seguir sus experimentos. Los vecinos le acusaban de haber dejado su oficio por haraganería; su esposa y sus hijos padecían hambre...

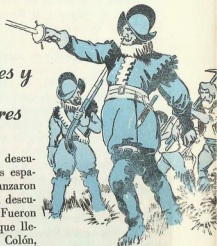
Bernardo de Palissy continuaba, a pesar de todo, frente a su horno, viendo cómo se endurecía la arcilla y se grababan los colores sobre ellas.

Realizado su último esfuerzo, la recompensa llegó. Sus ojos se iluminaron ante la primera vasija salida del horno, esmaltada por un procedimiento desconocido hasta entonces. Y en aquel hogar, que la miseria había azotado sin piedad, entró la fortuna y la dicha.

Las obras del genial alfarero empezaron a invadir los palacios y los museos de arte, y sus sacrificios le fueron pródigamente recompensados después de dieciséis años de lucha y de inquietudes.

Palissy, el modesto obrero que hacía tejas en una aldea cerca de Agen, conquistó de ese modo la felicidad, demostrando cómo se puede hacer una obra grande por el propio esfuerzo, cuando está dirigido por la voluntad y la inteligencia.

Descubridores y conquistadores



En débiles naves, los descubridores y conquistadores españoles y portugueses se lanzaron al mar, poco después del descubrimiento de América. Fueron ellos los hombres valientes que llegaron a estas tierras de Colón, sufriendo los mayores infortunios. Pagaron unos con su vida la audacia de sus largos viajes al continente, y otros padecieron con entereza el dolor del hambre y de las enfermedades.

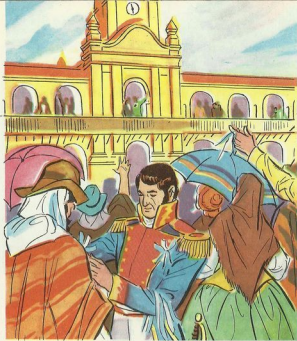
El español Juan Díaz de Solís, poco después de descubrir el río de la Plata, fue muerto a flechazos por los indios de la costa. Fernando de Magallanes, el marino portugués que, en viaje lleno de penurias, logró explorar el estrecho que lleva su nombre, perdió la vida en un islote del océano Pacífico, en un ataque de los salvajes. Juan Sebastián Elcano se hizo cargo de las naves y del gobierno de los sobrevivientes y dio término a aquella empresa estupenda. El viaje comenzado por Magallanes y terminado por Elcano alrededor de la tierra probó su redondez.

Caboto, al frente de sus naves, llegó al río de la Plata y exploró el Paraná y el Paraguay. Vino en busca de la famosa Sierra de la Plata y sólo halló grandes ríos y llanuras inmensas. Soportó, con sus compañeros de aventuras, el hambre y sintieron todos los efectos de los calores ardientes.

Pedro de Mendoza, el caballero español, fundó la ciudad de Buenos Aires muy cerca de donde está hoy el Parque Lezama. El adelantado perdió en estas tierras a su hermano don Diego y asistió al ataque llevado por dos mil indios contra la pequeña y flamante población. Don Pedro de Mendoza, enfermo y abrumado por tales desgracias, emprendió el regreso a España. No pudo, sin embargo, llegar a su patria, pues como es bien sabido, falleció en el trayecto.

Años más tarde surge en la historia de la conquista otra figura brillante: Juan de Garay, fundador de Santa Fe y repoblador de Buenos Aires. También Garay perdió su vida a mano de los indios, en un lugar próximo a la laguna de San Pedro, provincia de Buenos Aires.

La exploración y la conquista de las tierras de América fueron hazañas extraordinarias. Aquellos hombres que en pequeñas embarcaciones desafiaron las iras del mar y el poder del indio, para descubrir los secretos de este continente y poblarlo y civilizarlo, han ganado con justicia la admiración de la humanidad.



El Día de la Libertad

25 DE MAYO DE 1810

El 25 de Mayo de 1810 es el día de nuestra libertad. En el otoño de aquel año, Buenos Aires asistió a uno de los hechos más grandes de su historia: la revolución de Mayo.

Los patriotas realizaron su plan libertador sin recurrir a las armas. Esta acción enaltece el recuerdo de los próceres.

La revolución fue, por sobre todo, un movimiento que alcanzó al pueblo para establecer un gobierno nacido de su entraña y en armonía con los anhelos de los criollos.

Ya desde años atrás, los patriotas habían vivido con el pensamiento y el corazón puestos en la libertad. Ancianos y jóvenes, militares y sacerdotes, comerciantes y hacendados hablaban de la empresa libertadora en los clubes nocturnos, en los cuarteles, en la trastienda de algunos comercios y en las aulas. Buen número de patriotas se habían agrupado en una sociedad secreta y, desde su seno, dirigían el movimiento popular.

Figuraban, entre ellos, Belgrano, Nicolás Rodríguez Peña, Moreno, Paso, Vieytes, Castelli, Chiclana, los jóvenes French, Beruti, Guido y muchos más.

A mediados de mayo de 1810, barcos ingleses trajeron a Montevideo noticias de la caída de la Suprema Junta Central de Sevilla en poder de los franceses: el rey español estaba cautivo y España bajo el dominio napoleónico.

Conocidos que fueron en Buenos Aires estos acontecimientos, Saavedra y Belgrano se apersonaron al alcalde Lezica para pedirle que se celebrase *cabildo abierto*, a efectos de que el pueblo, en asamblea, resolviese si el virrey Cisneros debía continuar en sus funciones y, en caso negativo, crear una Junta de gobierno "que mejorase la suerte de la patria".

El virrey, deseoso de conocer la opinión de los jefes militares, se reunió con ellos en la Fortaleza. Fue entonces cuando Saavedra, jefe del regimiento de Patricios, respondió:



"No cuente Vuestra Excelencia para eso ni conmigo ni con los patricios. El gobierno que dio autoridad a V. E. para mandarnos, ya no existe." Ocurría esto el 20 de mayo.

El día 22 fue trascendental para la historia de la democracia argentina. El cabildo abierto reunido ese día permitió a los patriotas Castelli y Paso, defender los derechos americanos.

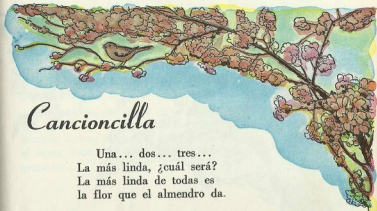
El 24 de mayo, procedió el Cabildo a designar los miembros de una Junta presidida por el mismo Cisneros. Apenas se conoció esta actitud del Cabildo, los patriotas expresaron su contrariedad, lo que provocó la renuncia de Saavedra y Castelli, integrantes de dicha Junta.

Al día siguiente, esto es, el 25 de mayo, los patriotas se congregaron, por la mañana, en la Plaza de la Victoria, hoy de Mayo, frente al Cabildo y luego de rápidas gestiones impusieron, apoyados por las milicias acuarteladas, la nómina de los vecinos que debían componer el primer gobierno patrio.

Resultaron así proclamados: Saavedra, presidente; Moreno y Paso, secretarios; Belgrano, Castelli, Larrea, Matheu, Alberti (sacerdote) y Azcuénaga, vocales.

Fue la de Mayo, una revolución democrática: imprimió a la vida ciudadana un rumbo nuevo y a la patria naciente un destino más alto.

CABILDO ABIERTO. Asamblea en la que los cabildantes y los vecinos más caracterizados, pueden discutir pública y libremente cuestiones de interés general en momentos difíciles o graves para un país.



Cancioncilla

Una... dos... tres...
La más linda, ¿cuál será?
La más linda de todas es
la flor que el almendro da.

Florecita de almendro, caes sobre el que pasa,
y el que pasa lleva tu blancura a su casa.

Pasan los corderos, los
corderos color de pan,
y el almendro sonríe en pos
de los corderos que se van.

Florecita de almendro, que más linda te pones
cuando nevadamente caes en los vellones...

Una... dos... tres...
¿Quién está, quién está en el jardín?
Sobre la rama está tal vez
el gorrión piando sin fin.

Florecita de almendro, los gorriones se han ido,
llevándote en el pico como pluma de nido.

ENRIQUE BANCHES



Una madre

La pajarita iba y venía piando alegremente. En una gruesa rama tenía su nido hecho de paja y de vellones. En el nido cantaban y gritaban, de manera incansable, sus cuatro polluelos.

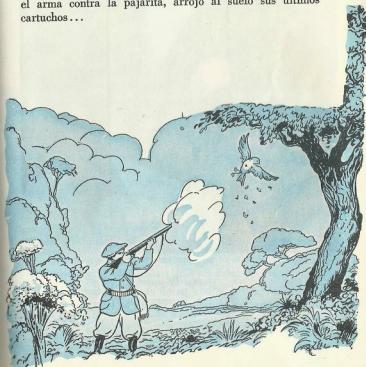
La madre volaba a lugares muy distantes: se posaba en los cerros, penetraba en los montes o se detenía en el arroyo en busca de alimentos para los pequeños.

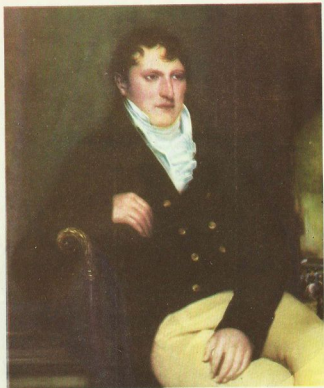
En la madrugada se la vio muchas veces despertar a sus hijos y ponerles en el pico abierto migajas de pan o partículas de exquisitas frutas. Y en la noche, abría sus alas y los cobijaba tiernamente hasta la mañana.

Una tarde en que la pajarita volvía al hogar, oyó una extraña detonación y se sintió herida. En un esfuerzo indescriptible, apresuró el vuelo y logró llegar al nido. Con los ojos espantados abrió sus alas y cubrió a sus hijos.

Quando la noche se tendió sobre el monte, la pajarita, piando tristemente, dolorida y fatigada, arrulló a los pequeños para que se durmieran.

El cazador, que había presenciado la escena, comprendió aquella tarde cuán grande es el amor que encierra el corazón de una madre. Y arrepentido de haber disparado el arma contra la pajarita, arrojó al suelo sus últimos cartuchos...





Manuel Belgrano

Manuel Belgrano, el patricio

I

La vida de Manuel Belgrano es admirable y conmovedora. El creador de la bandera conoció en su juventud los halagos de la fortuna; su talento y sus atractivos personales le habían abierto los salones más distinguidos de Buenos Aires. Pocos jóvenes de su época gozaron como él de mayores simpatías por sus virtudes e ilustración. Nacido en la riqueza, terminó, sin embargo, su existencia pobre y olvidado.

A los veintitrés años de edad se graduó de abogado en España, y luego de perfeccionar allá sus estudios regresó a su patria.

Una idea se apoderó entonces de su alma: trabajar sin descanso por la educación y felicidad del pueblo.

Pocos meses después de su arribo a Buenos Aires, el gobierno español lo nombró secretario perpetuo del Consulado.

En dicho cargo se entregó con fervor a proponer ideas que mejoraran la situación de los jóvenes y de la gente humilde.

Se interesó por la suerte de los agricultores y sostuvo la necesidad del comercio libre para los productos de la tierra. En aquella época, los habitantes de la colonia estaban obligados a comprar y vender solamente a España.

Belgrano propuso la libertad de comercio para evitar que los agricultores viviesen en "la miseria y desnudez".

"El comerciante debe tener la libertad de comprar donde le acomode", afirmaba el joven secretario.

Pidió escuelas gratuitas para los niños. He aquí sus propias palabras: "Esos miserables ranchos, donde se ve multitud de criaturas que llegan a la edad de la juventud sin haberse ejercitado en otra cosa que en la ociosidad, deben ser atendidos hasta el último punto".

"Uno de los principales medios que se debe adoptar, agrega, es el de la *escuela gratuita*, donde puedan los infelices mandar a sus hijos, sin tener que pagar cosa alguna por su instrucción: allí se les podrán dictar buenas máximas e inspirarles amor al trabajo".

"Igualmente se deben poner escuelas gratuitas para las niñas, donde se les enseñará la doctrina cristiana, a leer, escribir, coser, bordar, etc."

Su interés por la educación de los niños, sus sentimientos de piedad hacia los pobres, su amor al progreso engrandecen la figura del prócer y le hacen merecedor de nuestra gratitud.

Pero hizo aún mucho más...



Manuel Belgrano, el patricio

II

Manuel Belgrano fue el primero en preocuparse por la felicidad de los niños nacidos en esta tierra. Como si ello no fuera ya bastante en su época, se esfuerza también por fundar centros de enseñanza para la juventud.

Proyecta la creación de una *Escuela de Comercio*, en la que se enseñe aritmética, tenería de libros, reglas de navegación, geografía y otras materias; la *Escuela de Náutica*, para formar navegantes capacitados. En el reglamento se prohíbe el castigo de azotes y se dispone la inscripción de ocho huérfanos, "cuatro de los cuales deberán ser indios".

Funda, asimismo, la *Academia de Dibujo*, "para despertar en los jóvenes el buen gusto y afición a todas las artes".

A pesar de su juventud, comprendió Belgrano la importancia de los bosques. "Es indispensable —decía él— poner todo cuidado y hacer los mayores esfuerzos en poblar la tierra de árboles, mucho más en las tierras llanas, que son propensas a la sequedad cuando no son defendidas; la sombra de los árboles contribuye mucho a conservar la humedad, los troncos quebrantan los vientos fuertes y proporcionan mil ventajas al hombre".

Se debe a su iniciativa la orden del Consulado que establecía premios a los labradores que hiciesen cultivos provechosos, cultivasen huertas y montes de árboles útiles.

Decía Belgrano que el amor a la agricultura crea "la bondad del alma y la elevación de los pensamientos".



Manuel Belgrano, el patricio

III

La acción del creador de la bandera fue aún más allá: influyó ante el Consulado para que se abriesen nuevas rutas al comercio. Como resultado de sus ideas, se facilitó

la navegación de los grandes ríos y se trazaron importantes caminos.

Tomó parte, como soldado, en la defensa de Buenos Aires contra los invasores ingleses; organizó una sociedad secreta para echar las bases de la independencia; integró como vocal la junta del primer gobierno patrio, en mayo de 1810. Poco más tarde comandó el ejército que fue al Paraguay y sembró allí la semilla de la libertad.

Adoptó, el 13 de febrero de 1812, la escarapela azul-celeste y blanca; el 27 del mismo mes y año inauguró nuestra bandera. "Siendo preciso enarbolar nuestra bandera —escribía Belgrano al gobierno patriota— y no teniéndola, mandéla hacer blanca y celeste, conforme a los colores de la escarapela nacional".

La célebre Asamblea reunida en 1813 le ofreció un sable con guarnición de oro y 40.000 pesos, en señal de reconocimiento por la victoria de Salta. El general aceptó el sable y destinó la suma antedicha a la fundación de cuatro escuelas, que serían instaladas en Tarija, Jujuy, Tucumán y Santiago del Estero.

Tal es, a grandes rasgos, la obra cumplida por Belgrano. Nacido entre los esplendores de un hogar acaudalado, murió, sin embargo, en la mayor pobreza. Todo lo dio a su tierra y a sus compatriotas. Fue combatido en su tiempo y olvidado en la hora de la muerte; pero la posteridad le ha hecho justicia, llamándolo "el ciudadano perfecto".

Mi bandera

¡Bandera de mi patria! Está completa
la ambición de mi pecho entusiasmado;
porque para cantarte soy poeta,
y para defenderte soy soldado.

Doble misión de bardo y de guerrero:
permite al hijo que en tu amor se inspira
a tus servicios consagrar su acero,
y a tus hazañas consagrar su lira.

Si estás en paz, ¡bandera idolatrada!,
canta mi lira de la paz la fiesta.
Si estás en guerra, mi fulgente espada
brilla en mi mano a combatir dispuesta.

El himno vuela, el sable centellea
con fulgor que ilumina la victoria,
y ambas fuerzas, las armas y la idea
las tengo yo para afirmar tu gloria.

Y si a silbar volvieran las metrallas
en torno de tus bravos defensores,
que me conceda el dios de las batallas
morir bajo tus pliegues bicolores.

Te juro que al caer, ¡bandera mía!,
por muerte honrosa, el pecho destrozado,
aun te podré cantar mi poesía
¡con mi último suspiro de soldado!

J. M. GUTIÉRREZ



Las siete varas

La escuela rural estaba adornada con banderas argentinas y ramas de laurel. El viejo maestro y sus alumnos se habían esmerado, como nunca, en la preparación de la fiesta en homenaje al día de la patria.

En las primeras horas de la tarde, un público numeroso de padres y vecinos ocupaba el salón de clase.

Terminado el acto infantil, el maestro apareció en el escenario y su presencia fue saludada con nutridos aplausos.

Con palabras sencillas, dijo a los oyentes:

—Había una vez un padre que amaba mucho a sus siete hijos. Por ellos encalleció sus manos en duras labores y vio cubrirse de canas sus cabellos. Los hijos, sin embargo, vivían distanciados por bajos sentimientos. El egoísmo los separaba, la envidia los cegaba, el odio levantábase entre ellos como una sombra. El padre lloraba en silencio su dolor y sentíase impotente para conducir a sus hijos por el camino de la concordia y del amor. Cierta día los llamó, y a cada uno le puso en sus manos una vara de fresno. “¡Rompedlas!”, les ordenó. Bastó un golpe sobre las rodillas para dividir la vara en dos pedazos. Juntó luego siete varas en un haz y les dijo: “Veamos ahora si podéis hacer lo mismo con este haz”. Como los esfuerzos para romperlo fueron vanos, el padre exclamó: “Habeis comprobado cuán difícil es quebrar un haz de varas y cuán fácil es quebrar una sola... Lo mismo ocurre en la vida de los hombres y de los pueblos. La unión entre hermanos hace fuerte a la familia; la de los ciudadanos, poderosa a la patria”. Recordad esta antigua fábula, jóvenes y niños que me escucháis. Sabed que el egoísmo envenena las almas y que solamente el amor tiene el poder de purificarlas y ennoblecerlas.

Así habló el viejo maestro en la fiesta inolvidable de su escuela rural.

Miedo

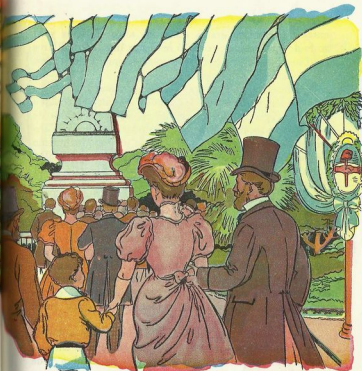
Canción de cuna

Yo no quiero que a mi niña
golondrina me la vuelvan;
se hunde volando en el cielo
y no baja hasta mi estera;
en el alero hace nido
y mis manos no la peinan.
¡Yo no quiero que a mi niña
golondrina me la vuelvan!

Yo no quiero que a mi niña
la vayan a hacer princesa.
Con zapatitos de oro
¿cómo juega en las praderas?
Y cuando llegue la noche
a mi lado no se acuesta...
¡Yo no quiero que a mi niña
la vayan a hacer princesa!

Y menos quiero que un día
me la vayan a hacer reina.
La pondrían en un trono
adonde mis pies no llegan.
Cuando viniese la noche
yo no podría mecerla...
¡Yo no quiero que a mi niña
me la vayan a hacer reina!..

GABRIELA MISTRAL



El día de la Patria

Es el día de la Patria; amanece la ciudad coronada
de banderas movedizas, de celeste y blanco, matizadas por
los colores de las extranjeras asociadas al regocijo; y todas

juntas flamean con gracia sobre los altos edificios y al borde de las avenidas, como si hubieran libertado millares de pájaros tropicales, para revolotear encima de los techos cual mensajeras de nuevas felices.

De distintos puntos llegan, ya los estampidos de las salvas al sol naciente, ya los agudos ecos del clarín que va a congregiar las fuerzas militares, ya los redobles de los tambores tocando formación; y todas las almas se bañan de alegría y los corazones laten de júbilo. Movimiento inusitado en las casas; hay que salir pronto a la calle, correr a la plaza histórica de Mayo, por donde va a pasar el desfile de las tropas.

Las calles convergentes parecen ríos que derraman corrientes humanas a un gran lago; las mujeres, los viejos y los niños se apresuran en pintoresco tumulto, todos vestidos de lo mejor, a ocupar lugar preferente. No hay techos, ni azoteas, ni balcones, ni veredas que no estén bordados de gente ávida, conmovida, anhelante. Es el día de la Patria, y todos han olvidado tristezas, preocupaciones, recelos y temores para ir a presenciar el paso de las armas lucidas, que sostienen el nombre argentino en el continente.

Día es éste, para los soldados, de recibir aplausos y miradas cariñosas de todo el pueblo, que confía en ellos el tesoro de su paz y de su trabajo, de su nombre y de su gloria.

JOAQUÍN V. GONZÁLEZ



El terranova

La tarde de un día de febrero de 1927 llegaba a su fin. La gente de la ciudad se había volcado en las calles, en busca de aire y de frescor. El cálido ambiente pesaba sobre las personas en forma abrumadora.

Buenos Aires vivía aquella tarde horas de pesadez y de bochorno. Fue entonces cuando la infausta noticia se di-

fundió en todas direcciones: una vieja droguería de la capital estaba envuelta en llamas.

Numerosas personas se dirigieron al lugar del siniestro. Los bomberos habían tendido ya las líneas y seguían atentos las órdenes de sus jefes.

Todos los labios estaban sellados por el asombro y el dolor. De pronto, el silencio fue interrumpido por un grito:

—En la habitación de la azotea, hay una pobre mujer: ¡Salvada!

Mientras se hacía funcionar la escalera mecánica, dos bomberos derribaron en pocos minutos una puerta de la planta baja.

Penetraron por ella y se perdieron en la densa humareda. En ese instante salió de entre la multitud un perro de Terranova, y sin que nadie pudiera impedirlo, se precipitó en el interior de la droguería.

—¡Pobre animal! Perecerá entre las llamas... ¿Quién se ocupará de él en estos momentos en que peligra la vida de seres humanos?

En uno de los balcones de la planta alta aparecieron los bomberos, sosteniendo en los brazos el cuerpo de la mujer que acababan de librar de las llamas.

La gente gritaba enloquecida de alegría:

—¡Salvada! ¡Salvada!

Nadie recordaba ya al Terranova, cuando se le vio aparecer sosteniendo con los dientes un bulto blanco.

Nuevos gritos de la multitud celebraron la aparición del noble animal. Por la escalera mecánica, los bomberos fueron a su encuentro y recogieron en sus brazos el cuer-



pecito de una criatura de un año, envuelta en la misma sábana en que el perro lo había sacado de la cuna.

Ambos, ubicados en una ambulancia, fueron llevados a un hospital. En el trayecto, los dos amigos se miraron con ternura, y como no podían celebrar el encuentro con palabras, el niño le tendió una mano y el perro se la acarició con el hocico.

La Sociedad Protectora de Animales otorgó al valiente perro un collar y medalla que le fueron colocados en acto público el 29 de abril de 1927, en presencia de mil alumnos del Consejo Escolar XIV de Buenos Aires.



El salón de misia Mariquita

Transcurría el mes de mayo de 1813. El pueblo de Buenos Aires estaba atento a las resoluciones de la célebre Asamblea, reunida por el segundo Triunvirato.

El día 11, la Asamblea aprobó la letra de nuestro Himno, que había compuesto don Vicente López y Planes. Tres días más tarde se realizó una reunión social en casa de doña María Sánchez de Thompson, llamada, por sus

familiares y amigos, con el cariñoso nombre de Misia Mariquita.

Esta dama porteña, admirada por su patriotismo y su belleza, congregaba en el amplio salón de su hogar a distinguidas personalidades de la época, las cuales se daban cita allí para conversar sobre mil temas instructivos y amables, según era costumbre en aquellos tiempos.

El 14 de mayo de 1813, el salón de Misia Mariquita estaba deslumbrante, con sus muros tapizados de seda del color del oro, sus grandes espejos de fino cristal y, pendiente del techo, la soberbia araña de plata. Completaban el regío moblaje un arpa y un clavicordio.

En esa histórica fecha, la gentil dueña de casa hizo escuchar a sus visitantes la Canción Nacional, que acababa de aprobar la Asamblea.

Estuvieron presentes, entre otros, Vicente López y Planes, autor de la letra, el poeta Esteban de Luca y el compositor catalán Blas Parera.

El momento era solemne. Un religioso silencio reinaba en la sala. El maestro Parera se sentó al clavicordio y ejecutó el Himno al calor del entusiasmo de la concurrencia.

Desde aquellos días inolvidables, el Himno viene presidiendo los destinos de la Nación. Su letra vibrante y su música majestuosa nos inspira el respeto al pasado y nos acompañarán por siempre en nuestra acción por la grandeza creciente de la Patria.

Los blasones del escudo argentino

Los blasones de nuestro escudo simbolizan la *Unión*, la *Libertad* y la *Gloria*. Las dos manos encajadas representan la unión; el gorro frigio, la libertad; y las ramas de laurel, la gloria.

Desde los tiempos antiguos, el gorro frigio o bonete fue un símbolo de libertad. Lo usaron los esclavos que se incorporaban a las sociedades como hombres libres y su origen se remonta a la época de Frigia, antiquísimo país del Asia Menor.

En los pueblos grecorromanos, "los esclavos llevaban el cabello largo, y en adquiriendo la libertad, se cortaban el cabello y usaban el bonete o gorro".

Nuestro escudo actual es de una sencillez y belleza incomparables. No hay en él ningún blasón chocante o ridículo ni animales fabulosos, ni armas guerreras, como se advierte en otros escudos.

Los colores azul-celeste y blanco, que forman los dos cuarteles, aparecen por primera vez en el segundo escudo de Buenos Aires, en 1649. Estos mismos colores reaparecieron en 1813, por orden de la Asamblea reunida en dicho año.

Bajo el gobierno de Rosas, el escudo fue objeto de graves alteraciones. "Su moneda de oro, las famosas onzas del *Eterno loor al Restaurador de las Leyes*", llevaron al cuño sagrado de 1813, entre otras, las siguientes reformas: Sol pleno y *radiante* y el agregado de dos lanzas y de dos fusiles arriba de las banderas.

Por fortuna, las tentativas que se hicieron para alterar los blasones establecidos por la Asamblea de 1813 no prosperaron.

Los símbolos de nuestro escudo perduran, de consiguiente, tal como fueron ideados por los hombres de Mayo: dos manos encajadas, que representan la unión fraternal de las provincias, sosteniendo una pica con el gorro frigio de la libertad. Todo ello sobre un fondo estampado con los colores de la bandera. Lo rodea una corona de laurel, símbolo de la gloria y de los primeros triunfos de la patria.

Arriba, el sol de la civilización ilumina y da vida al nuevo Estado, que acababa de incorporarse a las naciones libres del mundo.



La amistad del agua

El niño madrugador saltó de la cama, y se dirigió al baño. Con el jabón en la mano diestra y la toalla doblada en la siniestra, se dispuso a cumplir el primer deber matutino del aseo personal.

Hace frío... El agua, ligeramente verde, aparecía en la bañera, inmóvil y transparente como un cristal.

El rostro del muchacho se contrajo en un gesto de desagrado. Se miró largo rato en el espejo líquido y sintió una extraña resistencia en el cuerpo para realizar la ablución matutina. Estaba aún semidormido.

—¡Me temes! —le dijo el agua—. Lo veo en tu indecisión y en tus ojos. No ignoro que estoy fría. El calor

elevado me hace levantar en forma de vapor, y el frío me endurece como una piedra... Fría, tibia o caliente, estaré aquí para protegerte. ¿Qué sería de tus sentidos sin mí? ¿Qué de tus cabellos, de tus manos y de tu piel? Yo elimino gérmenes de muchas enfermedades que acechan a los niños; impido las formaciones de pus en los ojos; conservo el cabello y limpio la boca y los dientes; abro los poros de la piel para facilitar el paso del aire al organismo y le quito los olores desagradables del sudor. Más aún; activo la circulación de la sangre y aumento el calor humano. Soy un excitante para el trabajo y la alegría.

Las personas desaseadas se vuelven hurañas. Además, millones de seres pequeñísimos se apoderan de su cuerpo y lo destruyen lentamente.

Si yo no existiese, no sólo perecerías de sed, sino que también conocerías la desesperación de ver tu piel cubierta de erupciones peligrosas.

—Gracias, gracias, amiga —le dijo el niño madrugador, y silbando, hundió su cuerpo en el agua fría e hizo la ablución matutina, alegremente.



El arroyo

Ese arroyo que corre sin parar,
vuelve, niña, a su origen, que es el mar.

En vapor convertida
el agua del mar sube,
y luego, por los vientos impelida,
forma la inquieta nube.

Y la nube se extiende
con sus senos hinchados,
y en lluvia, disolviéndose, desciende
sobre montes y prados.

La lluvia descendida
se reúne en los hoyos,
pero busca al momento la salida
y forma arroyos.

Y el arroyo corriendo sin parar
vuelve, niña, a su origen, que es el mar.

J. MARTÍ Y FOLGUEVA

Nevada en el sur

A medianoche comenzó a oírse el chasquido suave y característico de los copos que se asentaban en las *tejuelas* del techo, y los peones, al levantarse por la mañana, tuvieron que palear una blanquísima capa de nieve de más de medio metro de espesor para abrirse camino hacia la cocina, amable y obligado refugio en los establecimientos de campo.



Desde allí, cuando un golpe de viento hace remolinear bruscamente la turbia e impenetrable cortina, se distinguen los edificios aplastados bajo la deslumbrante carga que los deforma, los postes del corral con su blanca cúpula, y hasta puede echarse, si se quiere, un vistazo a las ovejas, diseminadas por las quebradas y los *faldeos*.

No hace frío; más aún, casi podría afirmarse que la temperatura es tibia mientras cae la nieve. Y los copos descienden, lentos y juguetones unas veces, veloces y rectos otras, y todos se aplastan engrosando esa inmensa sábana blanca que cubre el campo y las laderas de las montañas vecinas.

Pasan horas y horas; a veces, días enteros, y los copos caen sin intermitencias.

Pero de pronto, el viento cambia; las primeras ráfagas del este llegan y se abalanzan sobre los edificios, abriendo un claro en la lluvia de copos y desgarrando las blancas vestiduras de los árboles. El viento, como una bestia, se encabrita al tropezar con las casas, resuella con fuerza bajo los aleros, y enmudece al desembocar de golpe en el valle, donde peina con violencia los pastos y hasta los arbustos de los faldeos.

Ahora, sólo de tiempo en tiempo, se ve caer algún copo que el viento desmenuza en el aire.

PEDRO INCHAUSPE



Primera Junta de Gobierno.

Las últimas palabras de Moreno

Al comenzar el año 1811 se registró en el seno de la Junta de gobierno un suceso de mucha trascendencia: la renuncia de Mariano Moreno. Los miembros de la Junta



no la aceptaron, pero el joven secretario insistió en su actitud, manifestando con energía que "la renuncia de un hombre de bien es irrevocable".

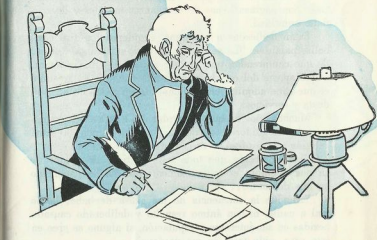
Días más tarde fue designado por el gobierno ministro plenipotenciario ante las coronas de Brasil y de Gran Bretaña, con el encargo especial de buscar un acercamiento amistoso entre Buenos Aires y aquellos países. Para cumplir esa misión, Moreno se embarcó el 24 de enero de 1811, en viaje a Londres.

El joven embajador se hallaba enfermo. La atención que había prestado a las funciones de su cargo terminó por debilitar su organismo y quebrantar su salud. Tenía apenas 32 años de edad.

A los pocos días de navegación, su mal se agravó. En el delirio de la fiebre que lo devoraba, su pensamiento estuvo puesto en su país, que tanto amó, en sus luchas políticas, en sus hombres e instituciones. Sin formular ningún reproche contra sus enemigos, sus labios se cerraron para siempre con esta exclamación: "¡Viva mi patria, aunque yo perezca!" Fueron sus últimas palabras, en el instante supremo de su viaje sin retorno, la expresión de su anhelo más fervoroso en la hora de la muerte.

Envuelto su cuerpo en una bandera del barco inglés que lo llevaba a Europa, fue arrojado al mar el 4 de marzo de 1811, a la salida del sol.

Así terminó sus días aquel joven patriota, defensor de la democracia y de la libertad.



Las memorias de Saavedra

Tres meses antes de terminar sus días, el general don Cornelio de Saavedra dio fin a sus memorias. Tenía 68 años de edad y se hallaba ya alejado de la vida militar y pública. En las tareas rurales buscó este noble prócer un descanso para su vida agitada e intensa, que había comenzado durante las invasiones inglesas, como comandante del célebre regimiento de Patricios.

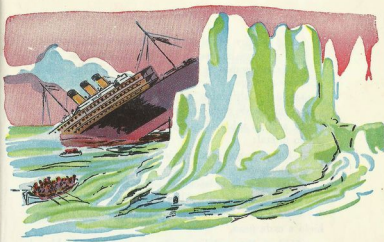
En el aislamiento que se impuso, escribió sus memorias. Son páginas llenas de enseñanzas morales y de cristiana humildad.

Están dedicadas a sus hijos, a quienes les dice estas bellas palabras: "La verdad ha dirigido mi pluma, deseoso de que comprendan que por ser hijos míos tienen honor, y que aparte del que heredé de mis abuelos, les transmito el que supe adquirir en el tiempo de mi vida con mi conducta y servicios.

"Muchos años ha que he perdonado a todos mis enemigos y perseguidores, porque así me lo manda la santa religión que profeso; y se conforma a mi carácter.

"La obligación que todo hombre tiene de cuidar de su buen nombre es la que únicamente me ha conducido en mis defensas...

"Aunque la conciencia no me acusa de haber hecho mal a nadie, ni con ánimo resuelto y deliberado causado heridas en sus intereses y reputación, si alguno se cree en este caso, pido también me perdone".



La catástrofe del "Titanic"

El "Titanic" efectuaba su primer viaje. Había salido del puerto inglés de Southampton el 1º de abril de 1912 y seguía la ruta a Nueva York llevando a bordo más de dos mil personas, correspondencia y carga. Era entonces el navío más grande y hermoso que se había construido. El casco de acero, sus máquinas poderosas y los aparatos modernos de que estaba dotado asegurábanle larga vida.

Todos los diarios del mundo daban noticias detalladas de aquella nave imponente que por primera vez surcaba los mares a una velocidad extraordinaria.

Los días 13 y 14, el capitán Smith recibió avisos telegráficos de otros buques en marcha. El "Caronia" decía: "Me señalan campos de hielo. Felicidades". El "Baltic": "Un vapor griego me señala *icebergs* considerables". Otro mensaje del "Californian" advertía: "Tres grandes *icebergs* a cinco millas de nosotros, hacia el sur. Saludos".

El capitán subió al puente de mando y ordenó al segundo oficial:

—Por poco que la situación se vuelva dudosa, avíseme inmediatamente.

A las diez de la noche el segundo oficial entregó el servicio al reemplazante y le dijo:

—¡Mucho cuidado! Podemos desde ahora encontrar hielo a cada paso.

¡Hielos! Esta palabra vuelve sin cesar a los labios de los oficiales; es la preocupación dominante en todo el curso de esa noche angustiosa, que ha de acabar de manera trágica.

A medianoche, uno de los vigías dio tres golpes en el *gongo*. Era la señal convenida para anunciar la proximidad de las masas de hielo. En seguida el primer oficial telefoneó al departamento de máquinas:

—¡Alto, y atrás a toda velocidad!

El capitán se precipitó sobre el puente, ansioso de saber lo que había ocurrido.

—¡Un *iceberg*, señor! —exclama el primer oficial—. Estábamos demasiado cerca... No pude hacer más.

La colisión con la montaña flotante de hielo fue espantosa. Dos horas y cuarenta minutos más tarde, el "Titanic" se perdió en el abismo, llevándose mil cuatrocientas personas.

La lista de los desaparecidos en el fondo del mar encierra una lección de sublime sacrificio: los hombres cedieron sus puestos, en las embarcaciones de salvamento, a las mujeres y a los niños.

También "durante toda la noche, unos diez buques han estado alerta. Algunos se han sentido impotentes, otros han intentado un supremo esfuerzo" para aproximarse al lugar de la catástrofe.

El "Baltic" respondió al llamamiento de ayuda con estas palabras: "Vamos a auxiliarlos", y poco más tarde: "Vamos a toda velocidad hacia ustedes".

El "Olimpia" anunció: "Activo calderas lo más posible". Todo fue inútil. En posición casi vertical, el "Titanic" se hundió lentamente...

El "Titanic" se hundió el 15 de abril de 1912. Medía 280 metros. De las 2201 personas que viajaban en la nave, 885 eran tripulantes y 1316 pasajeros.



Ricardo
Gutiérrez,
médico y poeta

El doctor Ricardo Gutiérrez visitaba todas las mañanas a uno de sus enfermitos, hijo de un almacenero de barrio. Era un niño de corta edad que, desde tiempo atrás, guardaba cama atacado de una grave dolencia.

El médico, una vez atendido el paciente, se dirigía a la casa del poeta Gervasio Méndez.

Allí permanecía largo tiempo conversando con el amigo. Le confiaba su dolor, el inmenso dolor que sentía junto al lecho de un niño enfermo cuyo padecimiento no podía remediar.

—¿Cómo sigue hoy el niño? —le preguntaba el poeta.

—Hoy no ha querido jugar —respondía el doctor Gutiérrez, y con estas palabras lo expresaba todo. Bien sabía

él que cuando una criatura no tiene deseos de jugar, es porque su salud está quebrantada.

Su rostro reflejaba, en cambio, una gran satisfacción cuando el pequeño acusaba alguna mejoría.

—Hoy lo encontré mejor —decíale al poeta Méndez—. Se ha reído mucho con mis cuentos y ha jugado sentadito en la cama.

El doctor Gutiérrez se volvía, entonces, jovial y conversador.

Pero una mañana entró de prisa en la habitación del amigo, se dejó caer en una silla y se puso a llorar desconsoladamente.

Gervasio Méndez no tuvo ya necesidad de preguntarle por la salud del enfermito...

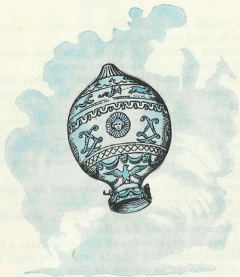
Ningún médico ha sabido comprender mejor que Ricardo Gutiérrez el alma del niño.

“El hospital de niños fue su obra predilecta; a él consagró todo su entusiasmo. Nacido para amar, eligió la inocencia y la amó con su corazón de fibra intensa.

“Era de verlo recorriendo las salas de sus queridos enfermitos; para todos una sonrisa, una caricia, la mitad de una pastilla de menta o algún caramelo; porque su caridad era ingenua.

“No creo que haya existido otro médico que, como él, supiera hermanar tan bien la severidad con la persuasión; no había criatura que no se doblegara a su mirada o a su palabra”.¹

¹ Palabras del Dr. Fida. *Los Niños y la Poesía en América*, por ENRIQUE TO MORALES (pág. 95).



Exploradores de la atmósfera

El globo aerostático, inventado en Francia por los hermanos Montgolfier, en 1783, despertó en los hombres de ciencia el anhelo de explorar la atmósfera.

Los primeros globos fueron construídos con papel y telas fuertes; se los inflaba con gases calientes producidos por la combustión de paja molida y lana.

En ellos subieron a grandes alturas los exploradores del aire, pereciendo más de uno en aquellos viajes a la región de las nubes.

El aeronauta inglés Glaisher alcanzó en 1826 una altura mayor de nueve mil metros. Es impresionante el relato que escribió sobre los efectos de la falta de aire en su organismo. Aparte del frío, que es cada vez más intenso, observó que a ocho mil metros apenas podía mover sus brazos.

“Parecíame que no tenía piernas ni brazos —dice el explorador—. Entonces, miré el barómetro, y en aquel momento se me cayó la cabeza sobre el hombro.

“Me quedé como si estuviera ciego; a mi alrededor no había nada más que sombras densas y profundas”.

Otros aeronautas tuvieron la precaución de llevar bolsas de oxígeno para mantener la respiración; pero al terminársele quedaron paralizados en la barquilla, sin fuerzas para preparar el descenso.

¡Debió ser desesperante la situación de aquellos hombres!

Comprobaron que, a medida que ganaban altura, el frío era más intenso y menor la presión atmosférica. El aire pierde densidad; se vuelve más raro y produce en las personas el *mal de las montañas* o *de las alturas*: la cabeza duele atrozmente, las venas se hinchan, los vasos sanguíneos revientan y la sangre sale por los oídos, la nariz y la boca.

El ñacurutú, el canario y la serpiente

Fábula

El ñacurutú oía con deleite el canto de un canario posado sobre una rama de olivo y lo miraba con sus grandes ojos amarillos.

Parecía expresarle su admiración con un lento parpadeo. El canario llenaba el espacio con sus gorjeos más dulces.

—¡Qué armonioso es tu canto! —le dijo el ñacurutú mirándolo fijamente.

—Y tú qué feo eres, amigo —le respondió el canario.

—¡Qué fino es tu plumaje: parece de oro!

Y el canario le contestó, riéndose y henchido de vanidad:

—Y tú, ¿has visto qué plumas ridículas tienes en la cabeza? Parecen cuernos.

El ñacurutú cerró sus grandes ojos para ocultar sus lágrimas y luego exclamó:

—¡Cómo me agradaría poseer tu garganta y tu traje de oro!

Feliz el canario de saberse admirado, reanudó su canto



maravilloso, sin advertir que por el tronco del árbol subía una serpiente, con la boca abierta, para devorarlo.

—¡Hu... huu! —gritó entonces el ñacurutú—. Huye, pajarito, si no quieres perecer envenenado entre las mandíbulas de la serpiente.

El canario se estremeció de horror al ver cerca de la rama a su enemiga y echó a volar.

El ñacurutú lo vio alejarse y se quedó contemplándolo con sus grandes ojos amarillos.

—¡Tonto! —gritó la serpiente al ñacurutú—. Ese pajarillo se ha burlado de ti y acabas de librarlo de mis dientes...

—¿Crees que hice mal? Ha querido burlarse de mí, es verdad; pero no he escuchado sus palabras. En cambio, su canto maravilloso ha endulzado mi soledad, ha hecho más bello el paisaje y sonora la rama.

La serpiente, incapaz de comprender las palabras del ñacurutú, descendió del árbol, y arrastrándose se fue del lugar avergonzada y en silencio.

En la serenidad de la tarde, un grito lúgubre cruzó la montaña como una flecha.

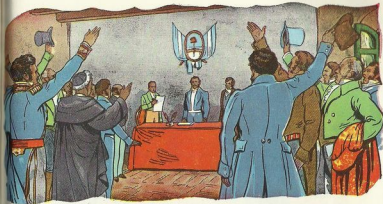
—¡Hu... huu!...

El canario escuchó el grito de su salvador y le respondió con su trino más melódico:

—Perdóname, ñacurutú. He aprendido hoy que eres bello, porque tienes un alma bondadosa que en mi aturdimiento no valoré lo bastante. ¡Déjame que te llame hermano mío!

En la vida, los vanidosos terminan, casi siempre, disculpándose ante los mismos a quienes han querido ofender.

Ñacurutú: Nombre indígena que en la región andina se da a una especie de buho. "Aunque de aspecto espantoso, es manso con el hombre y se sujeta a desempeñar en nuestras casas el oficio de ratonero. Nunca echa las uñas sobre las demás aves". — M. SASTUR.



El Día de la Independencia

9 DE JULIO DE 1816

Nuestra patria vivía, en 1815, momentos de honda inquietud: las provincias se hallaban sumidas en la anarquía; Artigas dominaba en Entre Ríos, Corrientes y Santa Fe y abrigaba el propósito de avanzar hacia Buenos Aires. En distintos puntos del país se producían sublevaciones armadas, y el ejército del Norte caía vencido en Sipe-Sipe.

Otra vez los ejércitos españoles amenazaban la obra de la revolución de Mayo y planeaban la marcha sobre Buenos Aires.

En aquellos duros trances, los patriotas decidieron arriesgarlo todo, hasta la vida, para alcanzar la independencia. En los labios y en los corazones, asomaban estos nombres sagrados: Dios, patria, libertad, justicia. La confianza en Dios y el amor a la patria, el reclamo de la libertad y el ansia de justicia, pudieron reali-

zar la hazaña del Congreso de Tucumán, reunido en 1816.

Los diputados de las provincias fueron llegando a la ciudad histórica en diligencia, a caballo o a lomo de mula. Tenían sus ropas cubiertas de polvo y el cuerpo fatigado por el largo viaje a través de montañas, selvas o pampas.

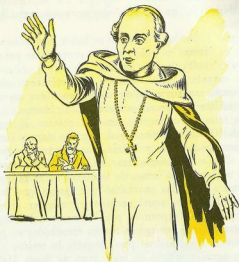
Un alto ideal les dio, sin embargo, fuerzas para cumplir el mandato de sus compatriotas: la declaración solemne de la independencia argentina que iba a firmarse en una de las horas más graves de nuestra historia.

El 9 de Julio de 1816 se labró el acta correspondiente, en un ámbito saturado de emoción patriótica.

Dice así: "Nos los representantes de las Provincias Unidas de Sud-América, reunidos en congreso general, invocando al Eterno que preside el universo, en el nombre y por la autoridad de los pueblos que representamos, protestando al cielo, a las naciones y hombres de todo el globo la justicia que regla nuestros votos, declaramos solemnemente a la faz de la tierra, que es voluntad unánime e indubitable de estas provincias romper los violentos vínculos que las ligaban a los reyes de España, recuperar los derechos de que fueron despojadas, e investirse del alto carácter de nación libre e independiente del rey Fernando VII, sus sucesores y metrópoli" . . .

En aquella magna asamblea, quedó salvada la revolución de Mayo y fue suscripta el acta de nacimiento de nuestra nacionalidad.

Son dignos de veneración los congresistas de Tucumán. Hubo entre ellos sacerdotes patriotas y hombres doctos, resistentes a las fatigas y serenos frente a los peligros que los acechaban por todas partes. Y fueron así, serenos y sufridos, porque obraron fortalecidos por la confianza en Dios, el amor a la patria, el reclamo de la libertad y el ansia de justicia.



Fray Justo de Santa María de Oro

Los representantes de las provincias se hallaban desde temprano en la sala de sesiones del congreso reunido en Tucumán, en la misma sala donde seis días antes se había firmado el acta de nuestra Independencia.

En los congresistas se advertía esa nerviosidad que suele dominar a los hombres en vísperas de grandes acontecimientos.

Aquel 15 de julio de 1816 se había destinado al estudio de la "forma de gobierno más conveniente para hacer prosperar las Provincias Unidas".

La mayoría de los diputados se inclinaban en favor del sistema monárquico y se disponían a dar un voto en favor de la vieja idea de coronar a un príncipe.

En tales circunstancias tomó la palabra el representante del Cabildo de San Juan. Con voz clara y firme, en tanto acompañaba sus palabras con ademanes de gran tribuno, dijo a los congresistas de la histórica asamblea: "Para declarar una forma de Gobierno es preciso consultar antes a todas las provincias"; y agregó que "en caso de procederse, sin aquel requisito, a adoptar el sistema monárquico, pedía permiso para retirarse del Congreso".

Estas palabras enérgicas fueron escuchadas en profundo silencio, levantándose poco después la sesión.

Sin aquella actitud de fray Justo de Santa María de Oro, representante del Cabildo de San Juan, se habría votado, sin duda, por la implantación de una monarquía.

El tesoro del viejo labrador

Vencido por el peso de los años, el labrador yace en su lecho.

Largo y blanquísimo cabello cubre su cabeza, y en su rostro pálido, enjuto, el sufrimiento ha grabado profundas arrugas.

Su vida fue ejemplo de laboriosidad y de lucha tesonera. Con las primeras claridades del alba, comenzaba su labor en el cortinal y dejaba el arado después que se perdían en el ocaso las luces postreras de la tarde.



Siempre fueron ricas las cosechas de su cortinal, porque él sabía arrancar a la tierra sus mejores dones.

Una mañana sintió extraña opresión en el pecho; respiraba con dificultad... Hizo correr el cortinaje que guarnecía su lecho y llamó a sus tres hijos.

El doloroso presentimiento de un desenlace de su vida le hizo pensar que había llegado el momento de revelar el secreto que guardaba en el fondo de su alma.

Cuando sus hijos estuvieron cerca, se incorporó penosamente.

Su rostro, casi siempre iluminado por amable sonrisa, púsose grave; pocas veces lo habían visto así.

Todos permanecían cabizbajos y con el corazón apretado por la angustia.

El momento era de una desconcertante solemnidad.

Los mayores comprendían la intención del viejo labrador, y apenas si levantaban los ojos para mirarlo... La anciana madre se acercó a la puerta y corrió suavemente el cerrojo: ningún extraño debía importunarles en esa hora suprema.

El viejo labrador se dirigió al mayor de sus hijos y le habló así:

—Te dejo un tesoro; el mismo que me legó mi padre al morir. Lo encontrarás si trabajas como lo has hecho conmigo. Está allá, en ese pedazo de campo que, año tras año, hemos cultivado. Cuidalo bien y no permitas que nadie te lo robe... Cuando yo me haya ido para siempre... sigue queriendo a esa madre que tan buena ha sido contigo y con nosotros todos... Tú eres el mayor y tendrás que reemplazarme, quizá muy pronto, quizá mañana mismo... Vela por tus hijos como yo lo hice por ti y por tus hermanos.

—Hijos míos: en el camino que recorrí no he dejado ninguna sombra, ninguna mancha... Vosotros lo sabéis... lo habéis visto...

No pudo hablar más; su respiración volvióse más fatigosa, acelerada. Tenía la garganta seca, dolorida...

Dejóse caer sobre la almohada, y pocas horas después se quedó dormido dulcemente, para no despertar jamás.



En la chacra

Con las primeras claridades de la mañana comienzan las faenas de la chacra.

Las aves picotean el maíz recién esparcido en los alrededores de la vivienda, mientras las manos hábiles de la dueña extraen el dulce y blanco zumo de las ubres: la leche.

El labrador rotura la tierra y canta...

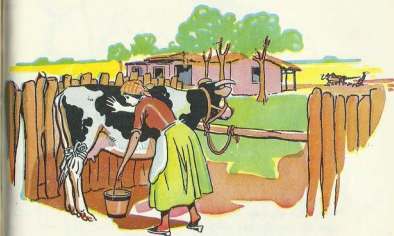
Él sabe que el suelo es generoso con el hombre que lo cultiva con dedicación y cariño.

La semilla, pequeña, adquiere en el surco un poder extraordinario y se transforma en espiga, o en árbol frondoso, en flor o en fruto.

Si la tierra es blanda y no tiene malezas, la semilla germina con más fuerza y las primeras hojitas se asomarán a la luz, ávidas de sol y de rocío.

El labrador siente la belleza del campo cubierto de vegetación, y aunque no siempre sabe expresar con la palabra la emoción que le produce esa belleza, la exterioriza en el brillo de sus ojos y en la alegría de su rostro.

Ni el frío ni los vientos más fuertes consiguen detenerlo en su marcha junto al arado, de esta máquina sencilla y útil, cuya reja se hunde en las amelgas, para con-



vertir la llanura amarillenta en una sabana negra y reluciente.

El trabajo del hombre convierte en un jardín lo que ayer fue un yermo.

Hoy una humilde cabaña surge en la monotonía del llano; después será una mansión. Hoy es un paraje solitario; pero mañana se levantará en él un pueblo cruzado de vías férreas y pleno de actividad. Esta obra, que aumenta la grandeza de las naciones, se inicia en la chacra, en el modesto ámbito de los agricultores.

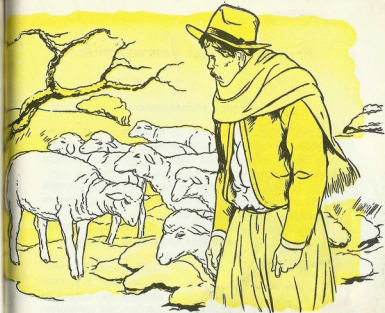
Pastoral

MIGUEL A. CAMINO

¡Mis pobres ovejitas!
¡Mis borreguitos santos!
¡Los de más rico manto!
¡Los de vellón más fino!
Esta mañana han muerto
muchos, oh muchos; tantos
como las gruesas lágrimas
que he vertido por ellos.

Todos, sin una queja,
nos dan sabrosa carne
y sedosas guedejas,
para servir la mesa
y proteger del frío,
-pobres ovejas santas
pobres borregos míos-
¡han muerto de hambre y frío!

¡Siete días ha que nieva!
¡Siete días de martirio
y otros tantos sin comer!
Y bajo la nieve, escarcha
Una costra endurecida,
que mis pobres ovejitas,
que mis borreguitos santos
para ramonear la hierba.



que sus cristales encierran,
con sus patitas heladas
quieren en vano romper.

¡Pobres ovejitas santas!
¡Pobres borreguitos míos!
Han amanecido muertos,
muertos de hambre y de frío,
sin haber podido darles
para conservarlos vivos,
otra cosa que las lágrimas
que por ellos he vertido.

Origen de los ferrocarriles

I

JORGE STÉPHENSON

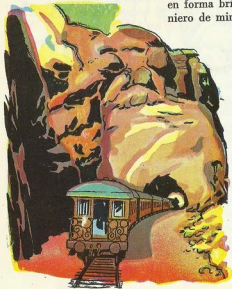
Jorge Stéphenson era hijo de un obrero de las minas de carbón. Aunque en su niñez se había dedicado a cuidar vacas, dejó bien pronto esta ocupación para entrar en una fábrica como ayudante de fogonero.

A la edad de 18 años se inscribió en una pequeña escuela nocturna y aprendió allí las primeras nociones de matemáticas, lectura y escritura.

Amplió por sí solo sus estudios de mecánica, ganando en forma brillante el puesto de ingeniero de minas.

Por aquellos tiempos la hulla era transportada en vagonetas tiradas por caballos. Stéphenson se propuso reemplazar ese viejo sistema por el de tracción de vapor.

En 1814 consiguió terminar su primera locomotora; once años después, inauguró el ferrocarril de Darlington a Stockton, el primero en la historia de la humanidad.



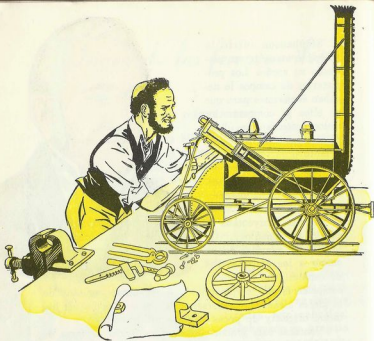
Stéphenson sufrió lo indecible antes de ver realizado su sueño. Los propietarios de campos le negaban el permiso para que en ellos se colocaran los rieles; sostenían que el vapor desprendido de la locomotora envenenaba el aire; que las chispas podían incendiar las mieses, las parvas y los bosques. Según ellos, el ruido de la máquina ahuyentaba la caza y los ganados...

Tenía, además, en su contra a los empresarios de canales, que temían la competencia del ferrocarril, y a ingenieros, celosos de la gloria alcanzada universalmente por un hombre de humilde origen y de pocos estudios científicos.

Vencidas esas grandes dificultades, logró a fuerza de actividad y constancia, establecer, con la ayuda de José Pease, la primera fábrica de locomotoras en Newcastle.

Perfeccionó, cada vez más, su máquina de vapor, y le cupo en suerte intervenir en la construcción de las principales líneas férreas del mundo.





George Stephenson

II

El invento de Stephenson, que reemplazó la tracción animal por la tracción de vapor, señaló un nuevo derrotero para el progreso de los pueblos.

Su máquina acortaba las distancias y permitía abaratar el transporte de productos. Los primeros ensayos fueron efectuados en las minas de hulla; en seguida, el comercio prefirió el ferrocarril para el intercambio de las mercaderías, y poco después fue necesario idear coches para pasajeros.

En corto tiempo, numerosas líneas férreas cruzaban los campos, pasaban por sobre los ríos, unían los picos de las montañas y entraban hasta el corazón de las ciudades.

¡Invento grandioso el de Stephenson! Junto a los rieles levantáronse aldeas, pueblos y ciudades; alrededor de las estaciones veíase una gran actividad mercantil.

Quando se presentó al parlamento inglés el proyecto de ley para la construcción del ferrocarril de Liverpool a Mánchester para el transporte de pasajeros y mercancías, pronuncióse la prensa y gran parte del público en contra del proyecto.

En las discusiones de la Cámara, se interrumpió al autor del proyecto con innumerables preguntas, mientras exponía su plan; y como Stephenson no era muy fuerte en oratoria, concluyó su explicación con estas palabras:

“—¡No puedo decir cómo, pero lo haré!”

Y a pesar de las burlas de los legisladores, cumplió su propósito, como sólo saben hacerlo quienes poseen carácter y firmeza.



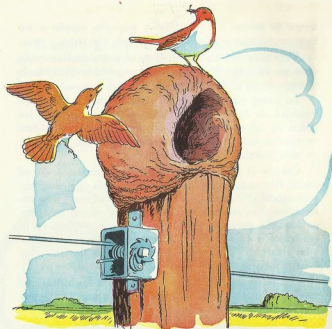
El zorzal

Con su pechera rosada
y su levita marrón;
con ese cuerpo robusto
y ese aire de gran señor,
nadie lo imaginaría
tan delicado cantor.

Muere el sol y, junto al río,
da sus silbos el zorzal:
la tarde que se marchaba
se volvió, para escuchar:
el agua que iba corriendo
se detuvo hecha un cristal;
el aire quedó en suspenso;
la brisa, sin respirar:
abrió una boca tamaña
la luna sobre el sauzal,
y con lágrimas de estrellas
el cielo rompió a llorar...

Anochece... Junto al río,
sigue cantando el zorzal.

JUAN BURCHI



Cómo se defiende el hornero de sus crueles enemigos

El hornero es uno de los pájaros más queridos y admirados en nuestra tierra.

Debe su nombre al de la casita que él construye en

forma de horno. Aunque débil y pequeño, enseñó a los hombres primitivos a levantar su morada con barro y paja.

El hornito de nuestro pájaro es cómodo; en la entrada tiene un tabique curvo que impide al hombre introducir la mano hasta el *dormitorio*.

Lo vemos emplazado en la rama del árbol, en la extremidad de los postes telefónicos y telegráficos, en los postes de los alambrados. Casi siempre busca el pájaro un sitio elevado; pero hemos visto *hornitos* tan bajos que un niño podría alcanzarlos sin esfuerzo.

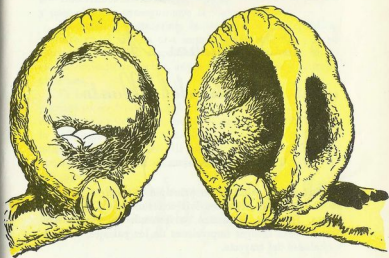
Cuando el hornero trabaja en la construcción de su casita, vive como poseionado de una alegría que emociona y entusiasma. Aletea sin descanso y llama con gritos armoniosos a su compañera. Juntos van y vienen en busca de pequeñas porciones de barro y paja que emplean en la construcción de la casita. Edifican con el pico, las patitas y las alas, sin que los fuertes rayos del sol, la llovizna o los vientos los hagan cesar en su labor.

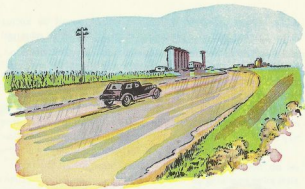
Concluida la obra, forman el nido para los hijitos que vendrán. La pareja no es feliz, sin embargo, porque sus crueles enemigos la acechan.

La víbora aprovecha la ausencia de los moradores para llegar hasta el nido y comerse los huevos o los polluelos. El tordo o "negrillo" se posesiona del hornito, luego de arrojar al suelo los huevos que encuentra en el nido y pone los suyos, que luego el hornero empolla sin saber que son de su enemigo...

El mismo pájaro ocupa el hornito y no deja entrar a sus verdaderos dueños. Sin embargo, el hornero se venga de él. Aguarda afuera la caída de la tarde y cuando el usurpador se duerme, trae barro y paja y ayudado por su compañera, cierra la entrada de la vivienda.

El tordo paga su mala acción con este castigo terrible: muere asfixiado dentro de la casita que usurpó a sus propietarios. Y otra vez, con su constancia digna de ser imitada, el hornero da comienzo a una nueva casita, en un lugar más alto y más seguro...





De Buenos Aires a Capilla del Monte

I

IMPRESIONES DE VIAJE

En un día caluroso de principios de marzo, salimos de Buenos Aires en automóvil con rumbo a Capilla del Monte. Tomamos el camino pavimentado en marcha moderada, para recoger impresiones de los paisajes, pueblos y ciudades del trayecto.

Llevábamos en el alma esa alegría indescriptible que producen los viajes largos y la ansiedad de conocer las bellezas naturales de nuestra tierra y el esfuerzo del hombre en favor del progreso.

El camino nacional se interna en el corazón de la República, luego de pasar por muchos pueblos y ciudades y cruzar puentes modernos sobre ríos y arroyos.

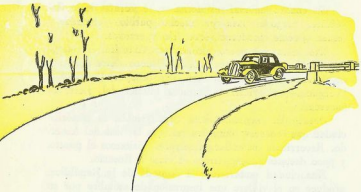
Nos detuvimos pocos minutos en Arrecifes, el simpático pueblo de la provincia de Buenos Aires que está emplazado en una loma. Una hora después, llegamos a Pergamino, importante y hermosa ciudad del norte bonaerense.

Desde allí seguimos hasta San Nicolás, la histórica ciudad que conserva como una reliquia la Casa del Acuerdo. Recorrimos sus calles principales, visitamos el puerto, y poco después proseguíamos el viaje a Rosario.

Esta ciudad santafesina, la segunda de la República, produce en el viajero una impresión de asombro por su actividad comercial, imponente edificación y extraordinario movimiento de coches, automóviles, ómnibus y tranvías eléctricos.

Es bulliciosa como Buenos Aires. Mil ruidos y voces y gritos se confunden, dándonos la sensación de hallarnos en un barrio céntrico de nuestra metrópoli. El río Paraná la baña con sus aguas tranquilas y la une con todos los puertos del mundo. De allí salen los barcos de ultramar cargados de trigo, maíz, carne y lana, para llevarlos al extranjero.

Pasamos la noche en la gran ciudad del litoral, y en la madrugada del día siguiente reanudamos la marcha para llegar en el día a la ciudad de Córdoba.



II

CÓRDOBA

Entramos en tierras cordobesas pocas horas después.

En el cielo, grandes nubarrones aislados anunciaban la tormenta próxima. Aceleramos la marcha ansiosos de hallar un refugio seguro en algún pueblo del camino.

Nos inquietaba aquella inmensa llanura, sin casas, sin árboles y sin nada que pudiese resguardarnos de la lluvia. Nubes sombrías taparon el sol; los relámpagos se sucedieron rápidamente trazando en el cielo grietas de fuego que se abrían y cerraban vertiginosamente.

La tierra estaba seca, ávida de agua, y la lluvia empezó a caer en gotas lentas, grandes, pesadas...

Fue inútil todo nuestro empeño por librarnos del aguacero. La lluvia cayó apretada, sonora, densa.

Vimos el campo como a través de una tela transparente.

Aquel aguacero cayó como una bendición sobre los campos cordobeses.

Duró poco tiempo. De nuevo reiniciamos el viaje.

Con la mirada recorrimos el horizonte buscando señales de sierra; pero en vano. Siempre la misma llanura ancha, interminable.

A la caída de la tarde, luego de dejar atrás la ciudad de Villa María y poblaciones de menor importancia, nos fuimos aproximando a la ciudad de Córdoba. El paisaje cambió por completo. En el horizonte, percibimos grandes manchas azuladas: eran las sierras, vistas a distancia.

Ante aquel espectáculo, nos sentimos animados por fuerzas nuevas que nos incitaron a apurar la llegada. Allí está, al fin, la antigua y noble ciudad de Córdoba. La vemos en su hermoso valle, con su edificación colonial y moderna, de calles más bien estrechas y muy transitadas.

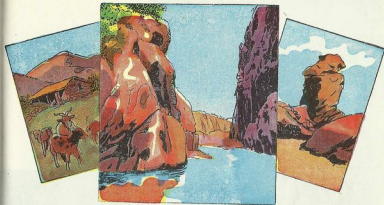
A poco de llegar se sentía en los oídos, como una caricia, la tonada del hablar cordobés; la misma tonada que nos acompañará en adelante por todos los pueblos y caminos de la provincia.

¡Córdoba! ¡Cuántas evocaciones trae al espíritu esta ciudad señorial! Nunca olvidaremos sus viejas casas coloniales, sus plazas, sus monumentos y, sobre todo, sus templos antiquísimos de grandes puertas talladas en maderas eternas.

Estamos a unos cien kilómetros de Capilla del Monte. Con el alma renovada y sin sentir casi las fatigas del largo viaje, tomamos los caminos serranos.

El camino sube y baja por las laderas de las sierras; da vueltas cerradas, sigue caprichosamente sobre la piedra cortada, cruza valles, hilos de agua cristalina, pasa entre árboles cuyas copas se tocan y cuyas ramas se alargan como brazos, cual si quisieran darnos la bienvenida.

Esos caminos, orgullo de Córdoba, representan la suma de muchos esfuerzos y dinero; ponen al turista en contacto con las bellezas de la región, y se extienden como una telaña en el suelo de la provincia.



III

CAPILLA DEL MONTE

¡Capilla del Monte!... Su nombre evoca el pasado heroico de la colonización. Hace muchísimos años, unos cuantos misioneros audaces construyeron allá, en plena sierra, una capillita y un refugio. Habían ido a civilizar a los indios bravíos del lugar y a plantar entre ellos el símbolo de la cruz. Era la capilla del monte y así se llamó después el lugar.

Se llega a Capilla del Monte luego de pasar por localidades serranas que parecen copias de estampas de los más atrayentes paisajes europeos. Dejamos atrás San Roque, Santa María, Cosquín, Valle Hermoso, La Falda, La Cumbre, Cruz Chica, Cruz Grande y Los Cocos, esto es, una sucesión de villas encantadoras.



PAMPA DE OLAEN.
*Las cabras, man-
 sas y blancas,
 animan los rin-
 cones serranos.*



ASCOCHINGA. *El
 árbol, el agua y la
 piedra dibujan, en
 las serranías, pai-
 sajes bellísimos.*

La naturaleza ha sido generosa con Capilla del Monte. Hay allí lugares que la pluma apenas puede describir. Las sierras están embellecidas por el árbol y el agua. El clavel del aire cubre la piedra, el algarrobo y la palmera se multiplican en las faldas, y abajo corre el arroyo puro y límpido como un cristal. El agua se desliza sobre la arena formando cascaditas en cada piedra.

Difícilmente olvidaremos el río Calabalumba con su cauce pedregoso; "Los Paredones", que surgen del suelo como murallas, a los flancos del arroyo que las separa; "Los Mogotes", con sus rocas lisas y de formas raras; "La Toma", con su armonioso paisaje de piedra, árboles frondosos y agua; la piedra "El Zapato"; el "Águila Blanca", con su balneario, grato refugio en los días calurosos...

No es, sin embargo, indispensable alejarse mucho de Capilla del Monte para admirar paisajes magníficos. Allí mismo, frente al pueblo, están los cerros Uritorco y Las Gemelas, para no citar más.

El Uritorco, sobre todo, se yergue como un centinela junto al valle. Un caminito que se ve desde lejos, como una línea blanca, permite llegar hasta su cima.

No es posible borrar del recuerdo las noches de Capilla, noches incomparables por su serenidad, saturadas de perfumes agrestes y sólo interrumpidas en su calma por algún grito extraño que se hunde en el silencio como una flecha.

Todas las horas vividas allá son una serie de impresiones amables: el agua que corre entre las piedras, el árbol que nos sale al encuentro en los senderos, los rebaños de cabras, los pájaros de voces melodiosas y el Uritorco, el cerro que hemos mirado siempre como a un viejo amigo; todo ello nos ha hecho querer y admirar profundamente las sierras cordobesas.

Susto

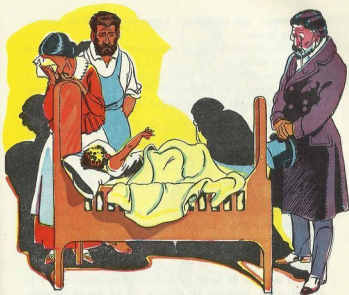
Era la comida de los niños. Soñaba la lámpara su rosada lumbre tibia sobre el mantel de nieve, y los geranios rojos y las pintadas manzanas coloreaban de una áspera alegría fuerte aquel sencillo idilio de caras inocentes.

Las niñas comían como mujeres; los niños discutían como algunos hombres. Al fondo, dando el pecho blanco al pequeñuelo, la madre, joven, rubia y bella, los miraba sonriendo. Por la ventana del jardín, la clara noche de estrellas temblaba, dura y fría.

De pronto, Blanca huyó, como un débil rayo, a los brazos de la madre. Hubo un súbito silencio, y luego, en un estrépito de sillas caídas, todos corrieron tras de ella, con un raudal alborotar, mirando espantados a la ventana.

¡El tonto de Platero! Puesta en el cristal su cabezota blanca, agigantada por la sombra, los cristales y el miedo, contemplaba, quieto y triste, el dulce comedor encendido.

JUAN RAMÓN JIMÉNEZ



Luis Pasteur

CONFIANZA EN SÍ MISMO

I

Un niño de cinco años acababa de ser mordido por un perro rabioso. Padecía el enfermito sin que los médicos pudiesen salvarlo de una muerte espantosa.

Cerca del lecho, un hombre recién llegado de París observaba con profunda tristeza a aquella criatura. Era

Luis Pasteur, que estaba allí llamado por uno de los médicos de la casa.

El niño se retorció en la cama despidiendo por la boca abundante saliva.

El sabio se acercó al niño, recogió un poco de aquella saliva y regresó a su laboratorio de París, dispuesto a descubrir la causa de la enfermedad y el tratamiento contra la rabia.

Esta enfermedad hacía estragos en la campaña. Muchos miles de infelices mordidos por perros rabiosos perecían por no conocerse el remedio contra el mal.

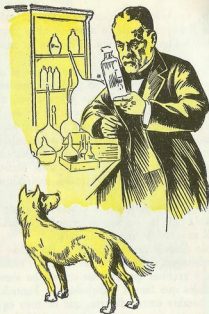
Comúnmente se aplicaba un hierro candente sobre la mordedura, o se asfixiaba al enfermo entre dos colchones para acortarle su sufrimiento.

Pasteur se entregó con fervor al estudio, y luego de pasar muchos días y muchas noches en su laboratorio, descubrió la vacuna contra el virus de la hidrofobia.

El sabio se resistía, sin embargo, a aplicarla en seres humanos.

Los médicos de la época lo combatían duramente y lo ridiculizaban, negando la eficacia de su descubrimiento.

Aunque vivía horas de indecible tristeza, por saberse calumniado y perseguido, Pasteur proseguía con admirable constancia sus investigaciones.



Luis Pasteur

II

El 6 de julio de 1885 le fue llevado un niño de nueve años atacado de hidrofobia. Tenía en su cuerpo numerosas mordeduras. Su estado era grave...

Pasteur, ayudado por su esposa, alojó al enfermo en una de las habitaciones de la casa. A altas horas de la noche, mientras todos dormían, él velaba al infortunado muchacho.

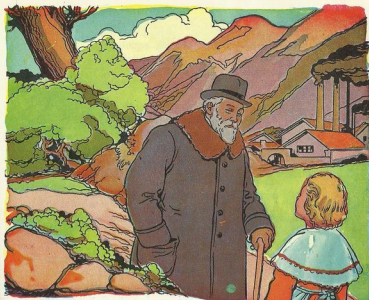
Lo veía agitarse y retorcerse a medida que el mal avanzaba. Dominado entonces por un profundo sentimiento de piedad, se decidió a efectuar, por primera vez, el ensayo de la vacuna antirrábica en el cuerpo de un ser humano. Bajó a su laboratorio y volvió con las vacunas, que comenzó a inocularle poseído de terrible ansiedad. El sabio seguía con inquietud los efectos del tratamiento. Dos meses más tarde, aquel niño, llamado José Meister, estaba curado, y la eficacia de la vacuna antirrábica quedó demostrada.

Desde aquella experiencia y gracias al genio de Pasteur, la rabia dejó de ser una enfermedad incurable y la humanidad se salvó de un gran flagelo.

El sabio francés amaba mucho a los niños. Cuando éstos abandonaban el sanatorio, le escribían cartas llenas de ternura y gratitud que Pasteur contestaba siempre, recomendándoles que fuesen trabajadores y honrados.

Aquel hombre extraordinario, que no tuvo en su vida un solo instante para su reposo, nunca dejó de contestar las cartas de sus amiguitos.

Este amor a los niños fue un reflejo de su bondad infinita.



La niña buena

—Niña, se ve que eres buena;
niña se ve que eres sana;
niña, se ve que eres limpia
como los chorros del agua.

¿Adónde vas tan ligera
y sola, tan de mañana?
¡Como una rosa de mayo
llevas de hermosa la cara!



—Voy a la fábrica aquella
que está al pie de la montaña:
aquella grande que tiene
las chimeneas tan altas.

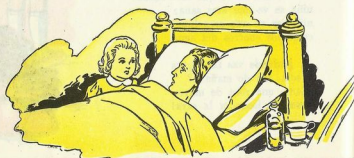
Voy ligera porque pronto
darán las tres campanadas,
y quiero estar en mi puesto
para no perder mi plaza.

Mantengo a tres hermanitos;
mi madre está enferma en cama;
mi padre, que era tan bueno,
hace un año que nos falta...

Me levanto muy temprano,
aun más temprano que el alba,
y ya me dejo a estas horas
arregladita mi casa...

—Anda con Dios, hija mía:
si hermosa tienes la cara,
¡más hermosa, niña buena,
debes de tener el alma!

VICENTE MEDINA



El sándalo y el hacha

El sándalo vivía feliz en el bosque. Entre sus ramas y hojas los pájaros se sentían seguros y cantaban alegremente.

Los leñadores no habían tenido el valor de derribarlo; pero un hacha, orgullosa de su filo cortante, lo miraba con odio desde su escondite. Ella había cortado muchos troncos tan fuertes o más que ése. Pocos golpes habíanle bastado para hacerlos caer pesadamente. Su misión era derribar árboles, abrir anchas heridas en los troncos olorosos hasta producirles la muerte.

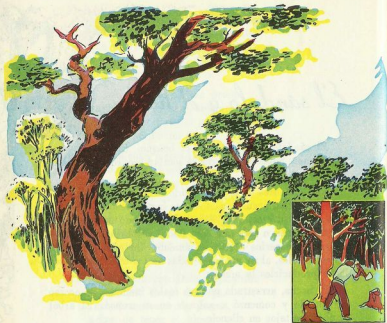
El hacha, arrastrada por sus malos instintos, se acercó al sándalo y comenzó a golpear en su tronco. El árbol recibía los tajos en silencio.

—¡Cómo! —exclamaba llena de asombro el hacha—. ¿De qué pasta eres que soportas mis tajos sin decir una sola palabra de protesta? ¡Te hiero y no te quejas!...

Pero el sándalo seguía callado. Entonces el hacha se detuvo y se sintió, de pronto, envuelta en un intenso perfume.

Era el perfume del sándalo herido. . . Y el hacha, avergonzada, húmeda todavía con la savia del árbol y toda perfumada, regresó a su sombrío escondite.

*Las almas grandes son como el sándalo
que perfuma la mano del que lo hiero.*



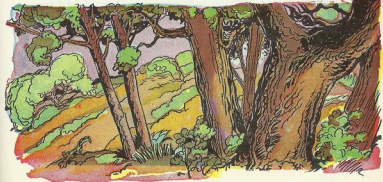
Beneficios de las arboledas

Es innegable que las grandes arboledas dejan caer el agua de lluvia de un modo más suave; por medio de las raíces vuelven el terreno más poroso, de modo que las aguas se infiltran en él con mayor facilidad; anulan la pérdida de las aguas que corrían antes en la superficie

sin ser absorbidas por el suelo; favorecen la formación del *humus*, cuyas propiedades son bien conocidas; contrarrestan en parte los efectos desastrosos de las inundaciones impidiendo que se efectúen con demasiada rapidez; atenuan la evaporación que producen los rayos solares y los vientos demasiado secos, conservando en el suelo mayor grado de humedad; impiden el derrumbamiento de las barrancas de los ríos y riachuelos, regularizando sus cursos; templan las temperaturas excesivamente cálidas; purifican la atmósfera, deteniendo los miasmas palúdicos que transportan los vientos; atraen los vapores acuosos de los aires cargados de humedad, obligándolos en parte a condensarse en lluvias, etc.

En todos los sitios donde se han ido talando los montes, se han ido cambiando igualmente las condiciones del clima.

FLORENTINO AMECHINO



San Martín, el libertador

El general San Martín no sólo fue grande en sus acciones militares, sino también en sus gestos de nobleza y de amor al prójimo.

En ningún instante de su vida gloriosa olvidó a los vencidos; para ellos exigió todo el respeto que merecían como hombres y ciudadanos de otras tierras.

En la proclama que firmó en Pisco el de 8 septiembre de 1820, San Martín decía a los soldados de su ejército libertador:

“Ya hemos llegado al lugar de nuestro destino, y sólo falta que el valor realice la obra de la constancia; pero acordaos que vuestro gran deber es consolar a la América, y que no venís a hacer conquista, sino a libertar a los pueblos que han gemido trescientos años bajo el bárbaro derecho. Los peruanos son nuestros hermanos y amigos: abrazadlos como a tales y respetad sus derechos, como respetásteis los de los chilenos después de la batalla de Chacabuco.

“La ferocidad y la violencia son crímenes que no conocen los soldados de la libertad; y si contra todas mis esperanzas alguno de los nuestros olvidase sus deberes, declaro desde ahora que será inexorablemente castigado conforme a los artículos siguientes:

“1º Todo el que robe o tomé por violencia de dos

reales para arriba será pasado por las armas, previo proceso verbal que será mandado observar en el ejército.

“2º Todo el que derrame una sola gota de sangre fuera del campo de batalla, será castigado con la pena del talión.

“3º Todo insulto contra los habitantes del país, sean europeos o americanos, será castigado hasta con la pena de la vida, según la gravedad de las circunstancias.

“4º Todo exceso que ataque la moral pública, o las costumbres del país, será castigado en los mismos términos que previene el artículo anterior.

“¡Soldados: acordaos que toda la América os contempla en el momento actual, y que sus grandes esperanzas penden de que acreditéis la humanidad, el coraje y el honor que os han distinguido siempre, dondequiera que los oprimidos han implorado vuestro auxilio contra los opresores. El mundo envidiará vuestro destino si observáis la misma conducta que hasta aquí; pero desgraciado del que quebrante sus deberes y sirva de escándalo a sus compañeros de armas!

“Yo lo castigaré de un modo terrible, y él desaparecerá de entre nosotros con oprobio e ignominia.

*“Cuartel General del Ejército Libertador
en Pisco y septiembre 8 de 1820.*

SAN MARTÍN”.

¡Qué hermosa lección ésta para aquellos generales de otras épocas que alentaban a sus tropas, permitiéndoles el robo a mano armada o incitándolas a incendiar y destruir los pueblos conquistados!



José de San Martín.



El indio alfarero

I

En los comienzos del año 1821, el general San Martín tenía su campamento en Huaura. Aguardaba allí el instante propicio para entrar en Lima y desalojar a los realistas.

Su preocupación dominante era evitar una lucha sangrienta a sus soldados, parte de los cuales se hallaban enfermos.

A fin de conocer la situación del gobierno de Lima y de las tropas enemigas, enviaba emisarios a aquella capital, pero con mal éxito, pues los adictos al virrey La Serna los descubrían y los tomaban prisioneros.

Cierto día, en circunstancias en que el Libertador y sus ayudantes exploraban el terreno entre Huaura y Supe, vio aquél, en el camino, a un indio que vendía ollas de barro. Se le acercó y le interrogó:

—¿Adónde llevas estas ollas?

—A Lima, señor.

—¿Sabes tú construir ollas como éstas?

—Sí, gran señor.

—Bien: preséntate mañana en mi cuartel general y pregunta por mí.

Así lo hizo el indio alfarero. El Libertador, con palabras afectuosas, le preguntó:

—¿Serías tú capaz de fabricar una olla de modo que en el fondo pueda enviarse una carta sin ser vista?

—Sí, mi *Curaca*.

Y le explicó en qué forma podía ponerse un mensaje en la masa aún fresca y luego cocerla sin que el papel se quemara.

El general, profundamente satisfecho, le dijo con visible alegría:

—Escúchame, ahora, muy bien. Fabricarás en mi presencia una olla. Pondremos en la olla una carta que llevarás al sacerdote don Francisco Javier de Luna Pizarro, quien vive en Lima. Él te dará una moneda, que tú me entregarás

el día que regreses. Si cumples con este encargo, te juro por el Sol que tú y tus infortunados hermanos seréis pronto librados de la esclavitud.

El indio alfarero, al escuchar el juramento de San Martín, se arrodilló ante él, y luego de rezar en voz baja, exclamó con firmeza:

—¡Así lo haré, gran señor!

Curaca, de la voz quichua "kuraka", significa: señor del pueblo, gran señor, jefe de tribu, gobernador de una comarca, etc.



El indio alfarero

II

Al siguiente día, el indio, cargado con sus cacharros, tomó el camino de Lima. Su paso apenas fue advertido por los espías de La Serna y pudo llegar, así, hasta la casa del canónigo amigo de San Martín. Procurando no ser visto, penetró en ella y ofreció sus cacharros al sacer-

dote mientras, con un dedo sobre los labios, le expresaba que guardara silencio.

Poco después dejó caer una de las ollas. Al quebrarse en muchos pedazos, advirtió Pizarro que en uno de los trozos había una carta. La leyó con una honda preocupación y le dio la moneda al indio para que la llevara al general. Era la contraseña convenida.

El humilde alfarero regresó al campamento de San Martín y le hizo entrega de la contraseña.

El Libertador la recibió con satisfacción y quedó entonces convencido de que su carta había llegado a manos de los patriotas.

En la carta arunciaba la fecha de su marcha hacia la capital peruana.

San Martín, al frente del ejército libertador, entró en la ciudad de Lima sin hacer derramar una gota de sangre, como había sido su anhelo.

El indio alfarero, que se llamaba Díaz, sirvió de emisario entre San Martín y los patriotas peruanos.

El Libertador había escrito en su libro de Estado Mayor:

—Con días —y ollas— venceremos.

Y en efecto; con las ollas del alfarero Díaz, logró comunicarse con los patriotas y desalojar de Lima a los realistas.